



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE
MÉXICO

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES
IZTACALA

TESIS TEÓRICA

MASCULINIDAD: UN PROCESO DE CONSTRUCCIÓN
IDENTITARIA

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE LICENCIADOS EN
PSICOLOGÍA PRESENTAN:

ISRAEL VERA REYES

MIRIAM VALERIANO JIMÉNEZ

DIRECTORA DE TESIS:

DOCTORA: MARIA ALEJANDRA SALGUERO VELAZQUEZ

DICTAMINADORAS:

MAESTRA: ROSA ISELA RUIZ GARCÍA

DOCTORA: OLIVIA TENA GUERRERO



TLALNEPANTLA, EDO. DE MÉXICO. 2005



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

MIRIAM

Amalia:

Por tu apoyo incondicional y por darme la seguridad para poder lograr lo que me propongo, retomando tu fortaleza como mujer y tu amor como madre. Muchas gracias.

Kary:

Por ser mi hermana y por todas esas noches en que me consolabas y te ponías a escribir conmigo, por todas las veces que te grite y me apoyabas sin preguntar que pasaba. Gracias.

Dana:

Por ser esa chispa de vida y llenarme de energía y alegría cuando más lo necesitaba, por todas las veces que no pude jugar contigo. Gracias.

Dora y mi familia:

Por confiar en mí y apoyarme en todo momento, por compartir conmigo risas y alegrías, por sus consuelos y consejos. Gracias.

Israel:

Por hacerme parte de este proyecto, por tu confianza, paciencia y tolerancia, porque eres un gran compañero y una excelente pareja, por tus consuelos cuando me desesperaba y por tu amor. Mil gracias.

ISRAEL

A dios, por todas las veces que me entendiste, por ser ese interlocutor que todo lo oye...gracias.

A mi padre, por ser un gran ejemplo a seguir, por haber sembrado en mí su carácter de lucha, de compromiso y de responsabilidad, por enseñarme que un trabajo bien hecho siempre será la mejor carta de recomendación...gracias.

A mi madre, por acompañarme en cada etapa de mi vida; pero ante todo, por llenarme de seguridad en cualquier momento e impulsar en mí una manera diferente de ser "hombre"...gracias.

A Inés, por tantas y tantas veces que ha participado en mi desarrollo personal y profesional de manera directa y/o indirecta...gracias.

A Erica, gracias por cada estímulo de superación y por la confianza depositada.

A Leo, gracias por cada situación en la que elegiste ser más que un hermano para mí.

A Miguel, gracias por haberme permitido disponer de tu tiempo. Siempre estaré contigo.

A mis tíos, tías y primos, por mostrarme su apoyo y confianza...gracias.

A mis abuelos, gracias por ese cariño incondicional.

A Alejandra S., Rosa Isela R. y Olivia T., por haber confiado en este proyecto, por despertar esa curiosidad hacia el tema y claro, por el apoyo otorgado...gracias, su presencia siempre será motivo de admiración para mí.

A cada uno de los autores citados...gracias.

A Karina, gracias por la ayuda brindada.

A Miriam, mil gracias por el apoyo otorgado. Por demostrarme que efectivamente, compartir en el trabajo, en la mesa, en la vida cotidiana, con una mujer que critica, discute, pelea y piensa, no es una situación fácil, pero sí muy reconfortante; sobre todo cuando esa mujer, mejor dicho tú, me permite estar a su lado...gracias. Te amo.

Sobre todo, gracias a cada uno de los que me enseñaron a comprender la psicología.

A todos juntos, muchas gracias.

INDICE

Agradecimientos	I
Resumen	1
Introducción	2
Capitulo 1	7
-Proceso de construcción identitaria	
o ¿Qué es identidad?	7
o ¿Cómo se construye una identidad?	10
Capitulo 2	16
-Masculinidad/ es	
o ¿Qué es género?	16
o ¿Cómo se forma la identidad a partir del género?	20
o Concepto de masculinidad/ es	23
o Construcción identitaria de masculinidad/ es	28
o Factores que participan en la construcción de la masculinidad/ es	32
❖ Patriarcado	
❖ Familia	
❖ Amigos – compañeros	
Capitulo 3	39
- Masculinidades y cambios	
o Tradición y cambio	45
Consideraciones finales	59
Referencias	63

RESUMEN

En el presente trabajo se realiza un análisis de la bibliografía más reciente sobre la identidad masculina, identificándola como un proceso de construcción identitaria continúa que parte del concepto de género estando en constante cambio al ser un constructo social, que identifica a una persona en la interacción con su cultura. Las diferentes concepciones de identidad se describen y complementan en el primer capítulo con el fin de determinar un primer panorama que nos sitúa e introduce en el tema de interés: Masculinidad.

En el segundo capítulo se realizó la búsqueda del concepto de Masculinidad encontrando que hay una concepción de ésta diferente dependiendo de la cultura pero siempre ligadas por un común denominador: el poder y la jerarquía. En esta parte se describen las desventajas de las características de masculinidad para el varón y la reconstrucción de su identidad a partir de los constantes cambios sociales que surgen cuando la mujer ingresa al mundo de lo público.

El conflicto de los varones por construir nuevas masculinidades, conlleva a una interrogante de sí en verdad hay un cambio, es decir, cómo es que se da la adaptación del varón a los ámbitos y derechos que ha obtenido la mujer; y sí en verdad hay una adaptación. Lo cual se describe en el tercer capítulo.

Finalizando así, con una propuesta a nivel personal que pretende abarcar el aspecto psicológico para una mejor interacción de géneros en la sociedad, en sí, para una igualdad con base en las diferencias.

INTRODUCCIÓN

Dentro de los trabajos sociológicos, antropológicos, psicológicos y filosóficos en los que se remarca el interés por abordar e investigar el proceso de construcción identitaria, tanto individual como social, se puede observar en la mayoría de ellos una fuerte inclinación por retomar la perspectiva relacional de género como una alternativa para el estudio de dicho proceso; así como sus simbolismos masculinos y femeninos, para tratar de comprender y hacer comprender como es que los aspectos históricos, sociales, culturales, políticos y económicos que envuelven a una persona pueden marcar en ella o él características que dan cuenta de su papel dentro de una sociedad. Ante esto, este trabajo se suma a esos otros que con su proceso ordenado, sistemático y crítico dan cuenta de un conocimiento. Aunque de manera teórica, aquí se hace un análisis crítico sobre un objeto de estudio: las masculinidades.

Desde la perspectiva de género, la identidad se forma como parte de un proceso social que retoma fragmentos tanto de una cultura como de determinados grupos sociales en los que interactúa cada persona a lo largo de la trayectoria de vida, siendo la identidad las constantes representaciones que se tienen de sí mismo y que otros reconocen. En toda sociedad la construcción identitaria desde una perspectiva de género se subdivide en dos grandes polos: femenino y masculino, cada una de las culturas tiene sus modelos de cómo debe de ser un “hombre” y cómo debe de ser una mujer inculcando determinadas pautas de conducta.

Dentro de estos dos grandes polos, consideramos que es importante hablar de las masculinidades como un proceso de construcción identitario, por mucho tiempo se ha hecho referencia a la relación que se puede dar entre mujer y varón, y cómo mediante esta relación se van adquiriendo formas de vida. Sin embargo, se ha marcado una frontera entre lo masculino y lo femenino dándole mayor cabida a la investigación con las mujeres; propiciada en un primer momento por la

subordinación histórica, y por rescatar a partir de los movimientos feministas de lucha por sus derechos, el cambio social en su estructura psicológica. Las repentinas transformaciones en la sociedad dieron pase a cambios individuales en donde ambos géneros tenían que adecuarse a exigencias y a nuevos estereotipos que se van estableciendo.

Estas han sido razones para que surgan una serie de estudios cuyo objetivo principal ha sido la investigación de la identidad construida socialmente con base en los órganos sexuales; sin embargo, a partir de los cambios culturales, económicos y políticos en los que la mujer ha ido obteniendo paulatinamente un lugar dentro de estos ámbitos, al varón se le ha venido cuestionando el lugar que durante años le había pertenecido. No obstante, hoy en día la mayoría de los investigadores dentro de esta perspectiva dirigen su interés al estudio de las identidades masculinas, dicho interés señala la necesidad de investigar el proceso de construcción identitaria a partir de las influencias socio-culturales a las cuales se va integrando el varón.

De esta forma, las investigaciones hacia el varón surgen en un determinado tiempo para dar una explicación de su identidad y de cómo se da, además, para saber cómo se ha ido construyendo a partir de los constantes cambios culturales, por ejemplo, Montesinos (2002) resalta la crisis de identidad por la que el varón atraviesa a partir de éstos cambios culturales, concluyendo que éste ha tenido que cambiar y adecuarse a ellos, construyendo su identidad en la relación cotidiana de los diferentes ámbitos en los que se desenvuelve.

Por lo general, siempre se destaca que los antecedentes sobre estudios de género recaen en las investigaciones hacia la mujer, que sistematizan el campo académico, resaltando las denuncias realizadas por las mujeres sobre sus condiciones de vida opresivas y su exclusión, su discriminación del campo social, político y económico. Burin y Meler (2000) señalan que a partir de los primeros avances del feminismo, los varones han ido interrogándose y reflexionando sobre

sus propias condiciones de vida, ampliando así, el interés por realizar investigaciones sobre las masculinidades.

El objetivo del siguiente trabajo es hacer un análisis teórico de los avances más recientes respecto del proceso de construcción identitario de las masculinidades. La finalidad es conocer cuáles son esos cambios por los que están pasando los varones y denotar las transformaciones en los modelos de género a los que se ajustan cada vez más. Analizar a su vez, como se han ido construyendo nuevas identidades masculinas que permiten una interacción equitativa con la mujer liberando al varón de una identidad tradicional y rígida, permitiéndoles reconstruirse como varones.

Con base en el objetivo, se integraron tres capítulos para este trabajo:

1. En el primer capítulo se hace una revisión detallada de varios autores sobre el proceso de construcción identitaria, en el cual la identidad es retomada como un sistema de representaciones de sí mismo, elaboradas a lo largo de la trayectoria de vida, a través de las cuales se reconoce y es reconocida una persona por los demás (Conell, 1997 y Salguero 2002). Por ello, el proceso mediante el cual se construye una identidad no es considerado algo monolítico pues constantemente se modifica conforme la persona interactúa en su ambiente.
2. En el capítulo dos ya se hace énfasis en la identidad desde la perspectiva de género y principalmente en la construcción de las identidades masculinas, se abordan algunos factores que participan en dicha construcción como son: la fuerte influencia del patriarcado en los sistemas económico - político dentro del capitalismo; la familia como base para la extrapolación de patrones en los roles de varones y mujeres, y la influencia de amigos – compañeros como

fomentadores de pautas de conductas que se establecen socialmente a un género.

3. En el tercer capítulo se señalan una serie de cambios a los cuales se han enfrentado los varones a partir de la deconstrucción de las identidades masculinas tradicionales; la liberación femenina del espacio privado y la crisis masculina, son los temas a discutir mientras se hace una ilustración sobre la correlación de estos dos factores que ponen al varón en una etapa de cambios voluntarios o forzados pero finalmente de cambios que buscan la equidad entre los géneros.

La relevancia de este trabajo reposa en el hecho de investigar y recopilar la información que recientemente han generado diferentes autores sobre los estudios de género, que dan cuenta de los cambios a los que se enfrentan los varones hoy en día a partir de que las mujeres buscan una equidad en la sociedad con respecto a ellos; en el reconocimiento constante de la importancia del género como categoría de análisis y de su actual estatus dentro de las ciencias sociales semejante a la clase, la raza, la religión y la etnia. Esto con el fin de contribuir a crear nuevos estilos de vida en los que varones y mujeres perciban su masculinidad y femineidad como subjetividades con las mismas oportunidades, obligaciones y derechos, y con ello reconstruyan los vínculos entre ambos en términos que no sean los tradicionales, opresivos y discriminatorios.

Con esta investigación se pretende, de igual forma, plantear una alternativa que rescata desde una perspectiva psicológica la continua construcción identitaria de las masculinidades, haciendo énfasis en la importancia de las diferencias al reconocer el papel tanto de la femineidad como de la masculinidad dentro de la sociedad, sin discriminar género alguno tratando de fomentar un modo de interacción diferente al tradicional. En la parte final de este análisis se da una propuesta del proceso de reconstrucción al que se enfrentan los varones en la interacción cotidiana con las mujeres y con otros varones cuya finalidad sería contribuir a un cambio cultural.

Por último, es importante señalar que dentro de esta investigación se utilizara la palabra “varón” para referir a una persona del sexo masculino en lugar de usar la palabra “hombre” ya que esta hace referencia a la especie humana.

CAPITULO 1. PROCESO DE CONSTRUCCIÓN IDENTITARIA

- ¿Qué es identidad?

La identidad es considerada por Salguero (2002) como el conjunto de significados y representaciones conformadas a partir de la estructura política, económica, social y cultural instituidas históricamente, integra la subjetividad e intersubjetividad de los actores sociales en los procesos de interacción social, no es un atributo o una propiedad intrínseca, sino que tiene un carácter relacional, resultado de un proceso social que surge y se desarrolla en la interacción cotidiana con los otros.

A su vez Cob (2000) define la identidad como las características que marcan al sujeto en su condición histórica, siendo el resultado de la construcción simbólica, que tiene como referente lo simbólico y lo que se produce en la interacción con las personas, que a través de la pedagogía cotidiana contribuyen al desarrollo de la identidad de cada individuo.

La identidad tiene que ver con la organización por parte del sujeto, de las representaciones que tiene de sí mismo y de los grupos a los que pertenece, así como también de los “Otros” y de sus respectivos grupos; es decir, la identidad podría ser retomada como un sistema de representaciones de sí mismo, elaboradas a lo largo de la trayectoria de su vida, a través de las cuales se reconoce y es reconocido por los demás como individuo particular y miembro de categorías sociales distintivas y/o significativas (Connell, 1997 y Salguero, op.cit.).

Entonces, si la identidad se define por las condiciones históricas y se integra mediante la subjetividad, las significaciones en torno a ella no son estáticas ya que tanto las estructuras sociales como culturales conllevan una alteridad entendida

como la posibilidad de cambio y transformación; así pues, cada momento histórico manejaría condiciones que marquen una diferencia en las subjetividades y con ello

la posibilidad obligada de reestructurar la identidad. Por lo tanto, la noción de identidad también está relacionada con la experiencia de auto-cohesión de la persona, es decir, la posibilidad de integrar para sí un sentido de continuidad e igualdad en el tiempo (Garaizabal, 2003 y Salguero, 2002). Por lo anterior se puede decir que la identidad, la subjetividad y la intersubjetividad se forman, apropian, cambian y se simbolizan como las acciones que definirían a una persona en su interacción con los demás.

Identidad y subjetividad se encuentran mutuamente influenciadas y entrelazadas, se desarrollan, se integran y cambian en función de los momentos históricos y eventos socioculturales plasmados en las acciones de los individuos. La identidad y la subjetividad son recreadas a diario a través de la actuación cotidiana. No se trata de un cuerpo fijo y acabado de representaciones, cada sujeto actualiza en la práctica su sentido de pertenencia, y va reajustando a lo largo de las diferentes etapas de su vida y de acuerdo a los diferentes contextos en los que participa (Salguero, op.cit, p. 13).

De esta manera, la identidad estaría siempre en un proceso constructivo y no estático ya que no corresponde mecánicamente a los estereotipos, pues cada persona reacciona de manera creativa al resolver su vida elaborando acciones a partir de su experiencia, anhelos y deseos sobre de sí mismo. Ante esto, Cob (2000) propone tres dimensiones de la identidad: 1) la identidad asignada, construida a partir de las asignaciones y los mandatos dados principalmente por la escuela; 2) identidad aprendida, dada principalmente por los ejemplos que se desarrollan en la familia e; 3) identidad internalizada, que constituye la auto-identidad, enlazada a la compulsión social.

Dentro de los niveles de identidad no siempre existe una correspondencia entre identidad asignada e identidad internalizada, sin embargo las identidades no

son condiciones aisladas unas de otras sino que son un sistema de referencias para sujetos diferentes entre si, que se clasifican con un método basado en semejanzas y diferencias, es decir, agrupa a los sujetos semejantes en una misma categoría, aunque de manera teórica que implica a la vez la diferencia con otra. La identidad como categoría teórica es el conjunto de características que distinguen la subjetividad del sujeto con relación al ser y la existencia. La persona puede ser particular o grupal, por eso, se puede hablar de identidad nacional, étnica, de clase o política, y esta subjetividad de la persona puede referirse a distintos seres y aspectos de la existencia. Así, la identidad es un atributo sin el cual es muy difícil que se constituya el sujeto.

El desarrollo de una identidad depende de muchos factores individuales y sociales, pero uno de los elementos más importantes es la capacidad de la persona para reconciliar los aspectos divergentes y conflictivos de su experiencia social. Por esto, al hablar de identidad es necesario diferenciar dos aspectos: la identidad individual y las identidades sociales. Aunque ambos asuntos están profundamente relacionados responden a leyes y dinámicas diferentes y, por tanto, no deben confundirse (Garaizabal, 2003 y Gasteiz, 2003).

Las identidades sociales son las construcciones simbólicas que se hacen de los grupos humanos con base en los rasgos que tienen o a los cuales se les asigna un valor diferencial y característico frente a otros grupos, rasgos que permiten que se les reconozca mutuamente y se les entienda como diferentes y particulares, implica romper una imagen paradigmática de la juventud, aquella que ha sido fetichizada por los lenguajes hegemónicos de la sociedad de consumo (Romero, 2001).

Al respecto, Kaufman (1997) menciona que en ocasiones la identidad puede ser meramente social y que su estructura de construcción va a variar de un grupo a otro, a menudo en contradicción con algunas necesidades y posibilidades humanas.

Castells (1999) señala que las identidades individuales son fuente de sentido para las propias personas y por ellas mismas son construidas mediante un proceso de individualización. Aunque, las identidades pueden originarse en las instituciones dominantes, sólo se convierten en tales si los individuos sociales las interiorizan y construyen su sentido en torno a esta interiorización.

o ¿Cómo se construye una identidad?

La identidad como proceso en permanente construcción, no es algo monolítico, pues constantemente es amenazada tanto por las tensiones internas, como por los cambios en las circunstancias externas. No se llega al mundo con una identidad, pero sí con la necesidad de la persona para construirla, para estabilizarse como un ser, aunque esto sólo será precario, puesto que la construcción de la identidad es un proceso que se modifica conforme se va viviendo (Gasteiz, 2003).

Espiga y Unidos (2000) mencionan que el proceso de construcción identitaria de una persona comienza desde la infancia y que se va dando de manera paulatina, la relación de un niño o de una niña con lo que lo rodea no se instala de manera abrupta. Poco a poco el niño va construyendo la estructura de su ser, en relación con su entorno que se construye con base en las demandas familiares.

Para la construcción de la identidad es necesario llevar a cabo una reflexión y observación simultáneas que tengan lugar en todos los niveles del funcionamiento mental y por medio del cual el ser humano se juzga a sí mismo a la luz de lo que advierte, que es la manera en cómo los otros le juzgan, en comparación con ellos y con respecto a su subjetividad, de su vida personal e histórica como lo comenta Gutmann (1997).

También Kaufman (1997) refiere la necesidad, para que se de tal construcción, de realizar un trabajo de interiorización donde se contemplen todas

las concepciones establecidas y existentes dentro de una cultura específica implementada, de acuerdo al tiempo; esta interiorización es la manera en la que una persona se adueña y retoma la sociedad para luego formar parte de ella y así, integrar parte de su estructura al actuar como tal. A lo que Kaufman considera como "gender work".

Así, a partir de la interiorización como parte de la construcción identitaria, "nuestros comportamientos contribuyen a fortalecer y adoptar las instituciones y las estructuras sociales de tal manera que, conciente o inconscientemente ayudamos a preservar los sistemas" (Kaufman, op.cit., p. 69). Todo esto como resultado de las interacciones entre sexo, raza, clase, preferencia sexual, etnia, religión, capacidades intelectuales y físicas; poniéndose en juego tanto aspectos internos como externos. Es decir, el individuo interacciona con su medio para construir una identidad única y a la vez semejante a la de un grupo con características determinadas que lo definen en tal grupo, siendo la identidad el resultado de una interacción constante con base en las estructuras del medio que rodea al individuo, complementándose con lo señalado por Gutmann (1997) acerca de que el proceso de construcción identitaria se da fundamentalmente por la cultura y su variabilidad, "la construcción identitaria es un interminable proceso que reside en la abstracción de la equivalencia cultural" (op.cit., p. 158).

Corroborando la identidad como un proceso de construcción, Espiga y Unidos (2000) realizaron una investigación acerca de los valores de la masculinidad en varones adolescentes en situaciones de calle, encontrando que la relación del niño con la calle no se instala de forma abrupta sino que forma parte de un proceso paulatino, en ocasiones, el maltrato social al que son sometidos, que sean rechazados, agredidos por un adulto o el que la sociedad les tema, puede hacer que el niño se vea comprometido en la estructura de su ser en relación con su entorno, es decir, se construye a sí mismo desde la base de la violencia y la agresividad.

Por otro lado, desde una perspectiva sociológica, Castells (1999) señala que las identidades son construidas a partir de un ¿cómo?, ¿para qué?, ¿desde qué?, ¿por quién? y ¿para qué?, y que como proceso, su construcción utiliza materiales de la historia, la geografía, la biología, las instituciones productivas y reproductivas, la memoria colectiva y las fantasías personales, los aparatos de poder y las relaciones religiosas.

Pero los individuos, los reordenan en su sentido según las determinaciones sociales y los proyectos culturales implantados en su estructura social y en su marco espacial/temporal. De esta forma, dicho autor propone como hipótesis que quién se construye una identidad colectiva y para qué, determina en buena medida su contenido simbólico y su sentido para quienes se identifican con ella o se colocan fuera de ella. Puesto que la construcción social de la identidad siempre tiene lugar en un contexto marcado por las relaciones de poder, propone una distinción entre tres formas y orígenes de la construcción de la identidad.

- *identidad legitimadora*: introducida por las instituciones dominantes de la sociedad para extender y racionalizar su dominación frente a las personas sociales.
- *Identidad de resistencia*: generada por aquellas personas que se encuentran en posiciones/condiciones devaluadas o estigmatizadas por la lógica de la dominación, por lo que construyen trincheras de resistencia y supervivencia basándose en principios diferentes u opuestos a los que impregnan las instituciones de la sociedad.
- *Identidad proyecto*: cuando las personas, basándose en los materiales culturales de que disponen, construyen una nueva identidad que redefine su posición en la sociedad y al hacerlo, buscan la transformación de toda la estructura social.

Cada proceso de construcción de la identidad conduce a un resultado diferente en la constitución de la sociedad. Las identidades legitimadoras generan

una sociedad civil, es decir, un conjunto de organizaciones e instituciones, así como una serie de actores sociales estructurados y organizados que reproducen, si bien a veces de modo conflictivo, la identidad que racionaliza las fuentes de la dominación estructural.

Burin y Møler (2000) apelan a la noción de que la construcción identitaria como ordenadora y clarificadora de los actores sociales estructurados, también se puede considerar como una categoría que impone condiciones de aprehensión a quienes se inscriben en ella con pretensiones de orden y claridad. Dentro de esta consideración, la construcción identitaria se daría como proceso con base en dos tipos de relaciones que el individuo puede tener: negativas y positivas; la relación positiva determina la inclusión de un individuo con otro mediante su identificación; la relación negativa caería en la exclusión del individuo por ser distinto a los otros.

Conell (1997), menciona que las identidades se fracturan y cambian porque múltiples discursos interceptan cualquier vida individual, destacando el discurso, la ideología. Es decir, la identidad se construye durante un largo proceso que ocurre en toda la vida, dependiendo de los discursos que se implementen como la ideología propia de una cultura, reglas o una estructura establecida en donde el individuo se adecua para ser parte de ella; de esta forma, la identidad de la persona la expresa en lo que dice que es, en sí en su discurso. Este discurso, no proviene de la nada, sino de cómo se conforma el individuo y como decide establecerse dentro de un grupo determinado y no de otro.

Se ha observado que la cultura tiene mucho que ver con la construcción de una identidad pero se debe tener en cuenta que ésta se transforma en el tiempo y las diferentes circunstancias. Así, Kimmel (1997), agrega que “a partir de los elementos que existen a nuestro alrededor en nuestra cultura—personas, ideas, objetos- creamos activamente nuestros mundos, nuestras identidades. Los hombres pueden cambiar tanto individual como colectivamente” (p. 50).

Antes de continuar, es necesario especificar que para este trabajo se esta considerando la cultura como el conjunto de las formas de alimentación, de religión, de salud, de enfermedad, de castigo, de ser “hombre” o mujer, de familia, que se establecen en una sociedad las cuales tienen un lenguaje particular que se entrecruza con el símbolo y significado que el grupo le da y, por tanto, es lo que las difiere de las demás (Solís, 2002). La cultura es el conjunto de lo que se aprende de los demás, la base es el aprendizaje. Se puede aprender de los demás en varias formas: observando las acciones de otra persona, o recibiendo una enseñanza directa, oral o escrita. La vía cultural es la única que permite la acumulación de aprendizaje en las generaciones. Por ejemplo, los integrantes del espacio familiar intercambian maneras y formas de vivir, eso permite que sus representaciones y vínculos se materialicen en comportamientos y formas de ver al mundo en correspondencia con el cuerpo que se constituye en un punto de referencia específico, que puede ser enriquecido y trastocado por los valores morales y éticos de la sociedad, más aún, por valores y vínculos de parentesco. Dos personas se casan, se unen y procrean con la idea de participar en el futuro inmediato de sus hijos, esa posibilidad es sólo eso: una de las múltiples formas de constituir las relaciones de identidad en una familia (López, 2002).

Por su parte, Montesinos (2002) entiende a la cultura como un conjunto de costumbres, normas, formas de pensar y por tanto, de prácticas cotidianas que guían las relaciones sociales de una persona a partir de lo que comunique sobre su identidad social. Así, considerando a la identidad como un código de comunicación social, dicho autor, agrega que no es estática sino dinámica en el sentido en que se ajusta a un proceso histórico involucrando todo un cambio cultural continuo que se registra a lo largo de la humanidad; si se determina así, resulta como la expresión de una cultura en específico, pues cada pueblo o nación se caracteriza por una amplia gama de expresiones de identidad. En el contexto del cambio cultural, en el que influyen factores de carácter económico, político y social, se puede apreciar como la transformación de los valores y principios que rigen las relaciones sociales trastocan las prácticas que reproducen la vida diaria.

Como bien se mencionó, la identidad es un proceso de socialización que permite a los individuos reconocerse como parte de un grupo o clase específica, mediante la construcción de un imaginario colectivo con base en el cual se construyen como individuos en ideología y comportamientos.

CAPITULO II. MASCULINIDAD/ ES

○ ¿Qué es género?

El género como perspectiva de investigación es reconocido como una de las grandes aportaciones para las ciencias sociales, alcanzando actualmente un estatus semejante a la clase, la raza, la religión y la etnia; por ello, está abriendo nuevos campos de estudio en el ámbito social. Existen distintos usos y acepciones del género cuyas diferencias están determinadas por las distintas disciplinas y teorías utilizadas en la interpretación de la condición social de las mujeres y de los varones. De ahí que, en un primer momento, se presentará la discusión sobre el uso del género como categoría analítica, para posteriormente definir la identidad a partir del género como lo menciona Montesinos (2002), de lo cual se hablara en el siguiente apartado.

El término “género” circula en las ciencias sociales y en los discursos con una acepción específica y una intencionalidad explicativa; dicha acepción data de la década de los cincuenta cuando Money (1955; En: Burin y Meler, 2000) propuso el término “papel del género” (gender role) para describir el conjunto de conductas atribuidas a los varones y a las mujeres.

Para los setentas, Rubin (1986) afirma que la importancia de los estudios de género radicó en su interés por definir al sistema sexo/ género como el conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, y en el cual se satisfacen esas necesidades humanas transformadas. Sin embargo, Montesinos (op.cit.) menciona que a partir de los ochenta, el sexo y el género dejaron de contemplarse como un sistema y empezaron a definirse como una relación construida por la subordinación social, por ello describe al sexo como una condición biológica y al género como una condición social con base en las características, atributos y actividades asignadas a mujeres y varones a partir de la diferencia biológica.

La idea general mediante la que se diferencia “sexo” de “género” es que el sexo queda determinado por la diferencia sexual inscrita en el cuerpo natural, mientras que el género se relaciona con los significados que cada sociedad le atribuye a la diferencia sexual.

Quizá por esto, Scott (1990) a finales del siglo XX define el género como un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos, agregando que es también una forma primaria de relaciones significantes de poder, complementándola con cuatro aspectos:

1. Los símbolos culturalmente disponibles que evocan representaciones múltiples.
2. Los conceptos normativos que manifiestan las interpretaciones de los significados de símbolos, expresados a través de doctrinas religiosas, educativas, científicas, legales y políticas, que afirman categoría y unívocamente el significado de varón y mujer, masculino y femenino.
3. Las nociones políticas, instituciones y organizaciones sociales de las relaciones genéricas que amplían la visión al incluir otros espacios donde se da el proceso de construcción de género y,
4. La identidad subjetiva como proceso importante en la construcción de género.

A su vez, Salguero (2002) señala que el género en sí mismo es un sistema de organización social que implica una construcción binaria, una diferencia. Su carácter relacional permite reconocer la existencia de dichas diferencias en el entramado social, ya que otorga la posibilidad de indagar sobre el significado sociocultural que adquieren los estereotipos en varones y mujeres, pues cada persona es socializada de diversas maneras por diferentes personas, instituciones y medios; a su vez, cada persona aprende y construye su identidad de acuerdo a sus posibilidades y recursos.

Por ello, Burin y Meler (2000) plantean que de manera amplia podría aceptarse que son reflexiones sobre género todo aquello que se ha hecho a lo largo de la historia del pensamiento humano acerca de los sentidos y las consecuencias sociales y subjetivas que van dirigidas a uno u otro sexo, por cuanto a esas consecuencias, muchas veces entendidas como “naturales” no son sino formulaciones de género. Quizá a esto se deba que Gomariz (1992) defina a los estudios de género como el elemento por el cual nos podemos referir al segmento de la producción de conocimientos que se han ocupado de este ámbito en la experiencia humana: las significaciones atribuidas al hecho de ser varón o de ser mujer en cada cultura y en cada sujeto.

Ahora bien, para Burin y Meler (op.cit.) una de las ideas centrales, desde un punto de vista descriptivo, es que los modos de pensar, sentir y comportarse de ambos géneros, más que tener una base natural e invariable se deben a construcciones sociales y familiares asignadas de manera diferenciada a mujeres y varones. Por medio de tal asignación, a partir de estadios muy tempranos en la vida de cada infante humano, unas y otros incorporan ciertas pautas de configuración psíquica y social que dan origen a la feminidad y la masculinidad. Desde este criterio descriptivo, el género se define como la red de creencias, rasgos de personalidad, actitudes, valores, conductas y actividades que diferencian a varones y mujeres. Tal diferenciación es producto de un largo proceso histórico de construcción social, que no solo produce diferencias entre los géneros femenino y masculino, sino que, a la vez, estas diferencias implican desigualdades y jerarquías entre ambos. A pesar de ello, los estudios de género utilizan en general, una perspectiva de análisis de las diferencias en general que denuncia la lógica binaria con que se perciben, en este caso la diferencia sexual.

Ante esto es importante señalar que además de una categoría descriptiva con respecto al género, éste también es abordado desde una categoría de análisis como lo apuntan Bell (1987), Kaufman (1997) y Gutmann (1997), para la cual se describen sus principales rasgos en tres incisos:

1. Es siempre *relacional*, nunca aparece de forma aislada sino marcando su conexión. Por ello, cuando se refieren a los estudios de género, dichos autores al igual que Burin y Meler (2000), siempre aluden a los que se remiten a las relaciones entre el género femenino y el género masculino, así como a las relaciones intragénero.
2. Otro rasgo importante de esta categoría es que se trata de una *construcción histórico social*, o sea que se fue produciendo a lo largo del tiempo de distintas maneras. A esto se debe que muchas veces el discurso histórico ha implicado relaciones de subordinación en las significaciones de género, con un peso muy importante, otorgado a instituciones tales como la religión, los criterios médicos y científicos, y los aparatos jurídicos.
3. Otro rasgo es que la noción de género suele ofrecer dificultades cuando se le considera un concepto totalizador, que vuelve invisible la variedad de determinaciones con que nos construimos como sujetos: raza, religión, clase social, entre otros.

Por ende, el género no se forma sobre la base de la fisiología, sino sobre la creencia que existe sobre el cuerpo, es decir, no descansa en las características biológicas, ni en la anatomía de los órganos sexuales, sino que está fundamentado en las creencias, las fantasías, el discurso, los símbolos y la interpretación que se hace de las diferencias sexuales, en un momento histórico determinado (Gasteiz, 2003).

Al respecto, Gutmann (1997) hace referencia a que no sólo existe una inmensa diversidad intracultural respecto al género en las colonias populares de la ciudad de México, sino también una enorme diversidad de conocimiento y poder en el campo de las relaciones de género.

- ¿Cómo se forma la identidad a partir del género?.

Al hablar de la identidad como un proceso de construcción a partir del género es importante entender la relación que existe entre una persona, su estructura biológica y su momento histórico, además de su interacción social y cultural, ya que con esto se puede hacer mención del carácter relacional de la construcción y la participación del género en la identidad de ser mujer o varón en los diferentes escenarios de participación y a través de los diversos momentos del ciclo de vida de los mismos, con base en esto y apoyados en el trabajo de Salguero (2002) se puede decir que no solo la masculinidad, sino que cualquier forma de interacción que altere directamente la identidad de una persona surge como un sistema de relaciones jerárquicas del género histórico, social y culturalmente determinado.

Por esto, la identidad genérica va a ser la identidad cultural de las personas que asumen un papel femenino o masculino independientemente de que sean hombres o mujeres, la cultura establece cuales son los atributos y los papeles sociales femeninos o masculinos.

Connell (1997) menciona que el género es una forma de ordenamiento en la práctica social, es decir, en los procesos de género, la vida cotidiana esta organizada en torno al escenario reproductivo definido por las estructuras corporales y por los procesos de reproducción humana. Este escenario incluye el despertar social y la relación social, el parto y el cuidado del niño, las diferencias y las similitudes sexuales corporales. Dicho autor hace un énfasis en “escenario reproductivo” para eliminar la llamada “base biológica ” pues más bien se refiere a un proceso histórico que involucra al cuerpo; así al hablar de masculinidad y feminidad se están nombrando a las configuraciones de prácticas de género que interiorizadas a través del tiempo conforman individualmente lo denominado como identidad, personalidad o carácter de género; éstas que se conforman de representaciones y significados están cambiando y desarrollándose

constantemente. Por ende, el género también se construye como práctica social que ésta en constante cambio y en función de las relaciones entre personas y grupos organizados en el escenario reproductivo (Salguero, 2002).

La construcción de la identidad a partir del género es entendida como el proceso a través del cual los individuos aprenden lo que significa ser varón o mujer y la forma de interpretarse mediante dichos parámetros (Viveros y Cañón, 1997). Por su parte Money y Stoller (1987; En: Burin y Meler, 2000) además de los trabajos que realizaron sobre la definición del género también se dieron a la tarea de investigar el proceso de construcción identitario en niños con trastornos en la definición de su sexo biológico, a partir de lo cual postularon que la identidad de género es el sentimiento íntimo de ser mujer o de ser varón, y que su núcleo se construye en los primeros tres años de existencia y es previo a la diferencia sexual.

La identificación de los genitales en el recién nacido marca en cierta forma el cómo va a ser tratado, pues se educa y construye a partir de ello; así, si es una mujer es tratada con mucho cuidado, tierna y cariñosamente y, si es varón su educación se torna más agresiva a tal grado que no se le permite llorar (Fuller, 1997).

El tipo de educación característica de cualquier sociedad, es la homogenización entre personas del mismo sexo y la heterogeneización entre sexos. Como indica Marqués (1997):

Se reducen las diferencias personales potenciales entre los individuos varones tratando de uniformizarlos en torno a un modelo de sujeto masculino, y por otra parte, se trata de aumentar las diferencias que todos los varones podrían tener con las mujeres; sometidas a un proceso semejante de reducción de diferencias individuales (p.18.).

A partir de estas desigualdades se construye la sociedad, en dos polos, pero

lo interesante, como lo plantea dicho autor, es que ni todas las mujeres, ni todos los varones son iguales; ni hay una brecha entre ambos sexos, pues hay personas que pueden llevarse mejor con el sexo contrario que con una persona de su mismo sexo. Pero aun así, el sistema patriarcal en el que se está involucrado, insiste en tratar a un género como tal, aunque realice actividades que en primer término se ha determinado como propio del varón o la mujer.

Al respecto de las actividades, se ha determinado que sólo algunas son propias para las mujeres (como el aseo de la casa, el cuidado de los niños) y otras propias para los varones (la manutención del hogar, el trabajo fuera de casa); pero hoy en día en que la sociedad exige económicamente otras actividades, y la mujer se ha incorporado a ámbitos considerados estrictamente de hombres y se ha adecuado a las nuevas y cambiantes exigencias, estas actividades han dejado de ser monopolio de un solo género.

Así, a partir del género como constructo social, fundado en prácticas y símbolos, se construye la identidad de género, en la sociedad se han formado dos polos y a partir de ahí se educa a las personas a seguir protocolos propios de su género dependiendo de su cultura. Para la bipolarización, Conell (1997) maneja tres aspectos que se encuentran inmersos en la organización social como diferenciadores de relaciones, como lo son: las *relaciones de poder*, que existen en la subordinación de las mujeres y la frecuente dominación del varón. Esta estructura a la que se llamó patriarcado no se da en todos los ámbitos puesto que hay lugares en donde la mujer tiene el dominio sobre el varón (educadoras, amas de casa). Sin embargo en las *relaciones de producción*, se manifiesta la visible dominación del varón, pues en corporaciones e instituciones los puestos de mayor mando generalmente están a cargo de ellos, así existe un reparto desigual de los productos del trabajo social. Hoy en día aunque la mujer está ganando terreno en el área laboral, el sueldo que se le paga en determinado puesto es menor al de un varón en el mismo puesto. La *cathexis*, esta relación se formula en términos de que, en las relaciones afectivas heterosexuales, el varón tiene un rol social

dominante donde controla dicha relación y tiene derecho a un placer sexual.

No

obstante, habrá que tomar en consideración que a partir de los cambios sociales que surgen se rompen esquemas, y las identidades de género se transforman y reconstruyen cultural e históricamente.

Una característica muy marcada en la identidad a partir del género es la idea de que el varón nace con un don de masculinidad, como una energía innata. Sin embargo, a partir de los diversos estudios que se han llevado a cabo desde la perspectiva de género, se piensa ya que la feminidad y la masculinidad se aprenden y forman parte de un constructo social; entonces se comienza a cuestionar socialmente la discriminación genérica en todos los ámbitos.

- Concepto de masculinidad/ es

Dentro de la gran diversidad de grupos sociales humanos que se puedan conocer, se han elaborado regulaciones que prescriben los desempeños de lo masculino y femenino con base en los indicadores que provienen de la diferencia sexual anatómica. Estos aspectos incluyen emociones, fantasías y actitudes así como el desarrollo diferencial de habilidades, mientras prescriben otros comportamientos y asignan roles específicos para cada sexo. Estas asignaciones colectivas han ido construyendo subjetividades sexuadas diferenciadas; si bien, en la actualidad protagonizamos un proceso de progresiva disminución de la polaridad entre los géneros, no se debe olvidar que esta subjetivación diferenciada fue exacerbada a lo largo de la historia por la mayor parte de las sociedades conocidas.

Partiendo precisamente de la polaridad que caracteriza al pasaje histórico de los géneros es que nos ha interesado precisar el concepto de masculinidad, esto gracias a que a través de muchas lecturas nos hemos encontrado con que el objetivo implícito y los roles establecidos culturalmente para este género han llegado a formar parte de una estrategia de supervivencia de los grupos humanos;

es decir, ejerciendo poder, protegiendo, alimentando, educando, respaldando y subordinando a quienes dependen del primer representante masculino, por su puesto, de un varón. Como lo señala Badinter (1993) cuando refiere que masculinidad es la ideología social que legitima la dominación masculina. Por ejemplo, Burin y Meler (2000) han observado que cuando las condiciones ambientales son adversas, ya sea porque el entorno geográfico sea inclemente, árido o los vecinos belicosos, y cuando a causa de estos factores el grupo haya debido emigrar o embarcarse en guerras, el dominio masculino aumenta debido a que los varones son considerados el sexo “prescindible” en términos de la estrategia sociocultural elaborada para la supervivencia de algún grupo. Las mujeres, a la vez son necesarias para la reproducción en un grado mucho más elevado que los varones, debido a la duración del embarazo y al hecho de que un varón puede inseminar a muchas mujeres, además el ser más frágiles por causa de su tamaño corporal, de los embarazos y de la dependencia inicial de los niños respecto de ellas, las hace ganar el papel de protegidas y subordinadas.

Ahora bien, se ha mencionado que todas las sociedades promueven la masculinidad pero es importante considerar que algunas de ellas la basan en el esfuerzo y el logro, mientras que otras permiten que sus varones se relajen y sean pasivos; sin embargo, el primero o el de tipo presionado de masculinidad parece ser el más frecuente. La vida en la mayor parte de los lugares es dura y exigente, y los varones se hacen cargo de las tareas peligrosas por causa de su anatomía. Las ideologías acerca de la masculinidad fuerzan a los varones a adaptarse ante la pena de verse desposeídos de su identidad, lo que parece ser experimentado como algo peor que la muerte. Ante esto, la masculinidad se asocia con el estrés, aunque, si bien las mujeres también deben realizar sacrificios para adaptarse a sus roles de género, ellas están generalmente bajo el control de los varones, por lo cual la coerción es más directa. Los varones, en cambio, especialmente en contextos atomizados, no siempre están bajo el control de otros por lo que se requiere crear una fuerte ideología, pues las normas internalizadas garantizan su desempeño (Burin y Meler, 2000).

Otro ejemplo es la reflexión sobre el concepto de masculinidad en Nicaragua en donde Sloan y Reyes (2004), pudieron observar que no hay tal definición sin considerar el poder y el autoritarismo como rasgos fundamentales. En un principio describieron la masculinidad como lo que cualquier persona hace para sentirse en control, en el centro, fuerte, importante, con el poder, arriba, es decir, “hombre”, y para no sentirse controlado, en la periferia, débil, sin importancia, sin poder, abajo, “mujer”. Dentro de este concepto hay que reconocer dos situaciones, en primera la masculinidad esta determinada históricamente y la retención del poder no es el único elemento que la define, y segunda, en este momento histórico y en esta sociedad, la masculinidad se define como una identidad que se desarrolla a partir de la dominación de otras personas con menos poder, apoyada por el prototipo que promovemos en primera instancia la sociedad, por ejemplo: cuantas madres no siguen educando a sus hijos de forma diferente con base en el género e implementando la fortaleza, poder, dominio e independencia en el niño y amor, comprensión y cuidados en la niña. Así mismo cuantas mujeres no buscan en una relación de pareja un “hombre fuerte” que las proteja, por un lado, agradeciendo su aspecto protector y proveedor, mientras que por otro, rechazando sus tendencias opresoras y abusivas que la cultura ha cultivado para la defensa común, pero que a veces se vuelve en contra de los supuestos defendidos. Los medios de comunicación e instituciones, son las segundas instancias que venden la idea del deber ser masculino; además de la sustentación del patriarcado por parte de las religiones.

Garaizabal (2003) también define al “hombre” como la simbolización del orden, el progreso, el autocontrol y la moderación que son elementos fundamentales de la vida pública, entonces, otra conceptualización del varón en el modelo capitalista es el de público, la mujer recae en lo privado. Al respecto, Espiga y Unidos (2000) realizaron una investigación cuyo tema central era visualizar aquellos factores que influyen en la construcción de la masculinidad en niños de la calle y observar cuales eran aquellos aspectos de “ser varón” que estaban perjudicando su inserción social y su forma de estar en el mundo,

concluyeron que los varones en situaciones de calle generan una masculinidad específica y funcional a las condiciones de un mundo con códigos masculinos; la calle es un espacio masculino. Sobrevivir en la calle al igual que sobrevivir en la selva implica que el más fuerte se come al más débil, el más grande aplaste al más chico; por esto, en el marco de una sociedad sumamente machista sólo el “hombre”, sólo el macho podrá sobrevivir, de ahí la necesidad de masculinizarse al máximo para funcionar, de ahí la necesidad de ser el más macho, - para que no se coman,- para que no se pisén,- para que no se cojan. No se vive el ser varón o mujer como algo hermoso más allá de lo cultural, solo se vive el ser varón o mujer directamente relacionado con el poder. De ahí que tanto varones como mujeres necesiten masculinizarse al máximo para poder sobrevivir, quien no logre esta condición será la mujer de ..., la hembra de..., es decir, pasa de lo público a lo privado. En sí, fuerte porque procrea, la mujer reina en su hogar, dirige la educación de los hijos y representa, sin que nadie se lo discuta, la ley moral que decide sobre las buenas costumbres, mientras que a él le corresponde todo el resto del mundo, responsable de la producción, de la creación y de lo político, la esfera pública es su elemento natural (Badinter, 1993).

En este modelo hegemónico de masculinidad refiere Parrini (2000) un varón debe ser activo, jefe de hogar, proveedor, responsable, autónomo, no rebajarse; debe ser fuerte, no tener miedo, no expresar sus emociones; el varón es de la calle, del trabajo (lo público); en el plano de la sexualidad, el modelo dicta la heterosexualidad, desear y poseer a las mujeres, a la vez que sitúa el ser instintivo por sobre su voluntad, teniendo un insaciable deseo demostrando y probando así su hombría al mantener relaciones sexuales con varias mujeres, pero a la vez, el fin último de la sexualidad sería el emparejamiento, la conformación de una familia y la paternidad, pero esto es, con una muchacha decente y virgen. Esta actitud se experimenta con orgullo por ser “hombre”, con una sensación de importancia.

Gilmore (1990; En: Burin y Meler, 2000) menciona que la masculinidad es una respuesta específica ante déficits estructurales y psicológicos. Los varones

deben en la mayor parte de las estructuras:

- Fecundar a las mujeres;
- Proteger del peligro a quienes dependen de ellos;
- Proveer a sus descendientes y parientes.

Ese personaje casi global se puede llamar hombre- fecundante- protector- proveedor. Sin embargo, pese al elevado prestigio atribuido a la masculinidad, para ser “hombre” es necesario aceptar que se es imprescindible.

Para Marqués (1997) ser varón es ser importante, en un doble sentido “por una parte, muy evidente, ser varón es ser importante porque las mujeres no lo son; en otro aspecto, ser varón es ser muy importante porque comunica con lo importante; ya que todo lo importante es definido como masculino” (p.20). Entonces el varón es a través de la mujer, pues no se puede considerar importante si no es el protector de los que están bajo su poder. “...lo masculino para dominar, debe contener el poder de lo femenino, y para contenerlo debe apropiarse primero de el, expropiárselo a las mujeres originarias que son sus primeros soportes”. (Burin y Meler, Op. cit., p.112).

De esta forma, la masculinidad es relativa porque depende para definirse de la concepción de la feminidad al mismo tiempo que de la época, la cultura, la clase social, la raza y la edad, pues es construida y aprendida por estos factores.

Hasta este momento, se ha dicho que es lo que el “varón” debe ser y hacer, pero se puede decir que existen tres lineamientos fundamentales que como varón no debe ser y que son los primeros que se le enseñan en la niñez para ser “hombre”, estos son: no ser mujer, no ser bebé y no ser homosexual. Por lo que desde niño tiene que separarse de la madre para ser independiente y no caer en ninguna de las instancias demostrando y defendiendo constantemente su masculinidad (Badinter, 1993; Espiga y Unidos, 2000).

Montesinos (2002) llama a estos, adjetivos y “deber ser” mitos de la masculinidad, pues opina que se está dando una pérdida de los estereotipos, principalmente de los masculinos, evidenciando una crisis de identidad, ya que el Estado ha ido modificando los roles sociales por género, cuando fue necesario que las mujeres entraran al mercado de trabajo y que participaran en el desarrollo social del país.

o Construcción identitaria de las masculinidad/ es

El varón recorre un proceso de socialización en el que se le fomentan conductas y actitudes propias del ser varón. Dicho modelo contiene una serie de mandatos que operan a nivel objetivo, dando pautas identitarias, afectivas, comportamentales y vinculares difíciles de soslayar por los sujetos involucrados en el modelo, claro si quieren evitar la marginalización o el estigma (Parrini, 2000). Sin embargo, Garaizabal (2003) argumenta que los seres humanos no somos solo receptores pasivos, ni interiorizamos tal cual los estereotipos, de hecho la mediación de otras variables, tanto individuales como sociales, hacen que la masculinidad adquiera manifestaciones muy diversas. *De ahí que consideremos necesario hablar de masculinidades y no de masculinidad.*

Al respecto, Espiga y Unidos (2000) argumentan sobre la mención de masculinidades y no de una sola masculinidad, destacando una serie de resultados obtenidos de la investigación en adolescentes varones en situación de calle:

- Existen diversas construcciones del género, dependiendo de las diversas culturas y momentos históricos, por lo cual existen múltiples manifestaciones de la masculinidad, inclusive en cada cultura.
- Existe un ordenamiento jerárquico de las masculinidades en cada cultura, con un modelo hegemónico que opera como vehículo de poder de género, que puede o no ser la forma de masculinidad más frecuente en dicho contexto.

- Las instituciones y los grupos, al igual que los individuos generan y sustentan diferentes formas de masculinidad.
- Las masculinidades son una construcción cultural, producto de la interacción social y generadas a partir de estrategias y recursos disponibles en las propias comunidades.
- Los distintos tipos de masculinidad no son estados homogéneos, sino contradictorios, existiendo tensiones entre deseos y prácticas.
- Por el mismo hecho de ser producto de procesos históricos las masculinidades son susceptibles de ser reconstruidas, por procesos de género y otras interacciones sociales.
- La construcción de las masculinidades, los atributos y los roles sobre estas, se dan desde el nacimiento, tal vez, desde antes de nacer, a partir de la proyección de las expectativas de los padres.
- En los varones provenientes de sectores de extrema pobreza la figura paterna es diferente a los sectores menos vulnerados; ausencia en la crianza, parámetros sexistas explícitos, entre otros.
- El ejercicio de las masculinidades se rige por la funcionalidad con respecto a las actividades que socialmente se imponen y siempre es en relación al poder.

Así, dichos autores exponen en síntesis la importancia de reconsiderar el concepto de masculinidades eliminando la generalización pero además suponiendo que hay ciertas conductas que se consideran masculinas, que se asemejan en los varones dependiendo de su cultura.

Lo mismo se demostró en una investigación en la colonia popular de Santo Domingo en la ciudad de México, realizada por Gutmann (1996), pues existen notables diferencias entre los varones, entre patrones culturales y sociales dentro de poblaciones masculinas, aún cuando pertenezcan más o menos al mismo nivel socioeconómico. “Me parece equivocado uniformar a hombres de todas las edades, etnicidades y regiones, pues se pierde el sentido (y los matices) de lo que

quiere decir ser hombre, tanto para los hombres como para las mujeres del continente” (p.80).

Los varones en el proceso de construcción de su masculinidad, son impulsados desde la infancia a buscar poder y a ejercerlo con las mujeres y con aquellos varones a los que puedan dominar, ya sea desde la celebre frase que se oye pronunciar a los padres, y/o madres cuando sus hijos lloran al decirles: “los hombre no lloran”, hasta la asignación a las mujeres de tareas y juegos ligados al mundo de lo doméstico. Se evidencia, entonces, que el llegar a ser varón o el ser mujer de una determinada manera, es una construcción social que se va estableciendo por las situaciones que provocan una profunda relación de identidades entre los padres y sus hijos, ya que este proceso lleva a que los y las pequeñas comiencen a actuar, sentir y pensar de un determinado modo para terminar asumiéndolos y aceptándolos como características propias. Por el lado de los varones, se establecerá como un modelo referencial para desplazarse en relaciones de subordinación tanto con las mujeres como con algunos varones dando como resultado masculinidades hegemónicas y masculinidades subordinadas (Mosse, 2000).

En este sentido, los varones desde pequeños van buscando por todos los medios responder a ese imaginario social, el cual no solo ven, sino que lo viven en sus relaciones cotidianas. Estas características están dadas a partir de un discurso del ser varón como aquel que es “perro”, “mujeriego”, “vividor” o “callejero”, discurso que orienta una forma de ser y una actitud de los jóvenes varones, lo más importante de esta orientación del ser “bien hombre”, es el hecho de que circula en los escenarios de encuentros juveniles (como la calle y la escuela) y que no es sostenido, aceptado y repetido únicamente por los mismos jóvenes, sino sobre todo por las mujeres que están cercanas a ellos, ya sean amigas o enamoradas como lo menciona Romero (2001).

Con una serie de calificativos del deber ser y del no deber ser, se le dan al

varón, obligaciones y pesos morales, pero qué pasa con aquellos que como tal no cumplen los parámetros; por ejemplo, los aspectos físicos, los varones delgados que no tienen grandes pectorales, ¿cómo demuestran que sí tienen cuerpo de “hombre”?, es claro, que aprenden otras cualidades varoniles, pero aún así, qué pensarán y cómo se sentirán. Otro ejemplo son los golpeadores y los violadores, se identificaran también con el papel de opresores, que ejercen poder y dominio con fuerza sin importar el daño ya sea físico y psicológico que crean en el otro, qué pensarán ellos, ¿sabrán que lo que hacen daña?, ¿por qué lo hacen? y ¿cómo es que se sienten después de cometer su acto?. A su vez, el hombre debe ser fuerte; en los sectores de pobreza económica, el cuerpo del hombre es la herramienta de trabajo; los pocos o muchos trabajos destinados a los hombres inmersos en una situación de pobreza económica, están generalmente relacionados con el uso de su cuerpo en su totalidad, pues sus labores se basan en la construcción, carga y descarga, etc., esto hace que en forma implícita los adolescentes en esta situación, comiencen a visualizar en forma implícita o explícita el tamaño de sus cuerpos como la futura herramienta de trabajo. Al respecto de las expectativas del varón, también se le exige ser ágil, y si no lo es, qué pasa con un hombre que no puede bajar de un transporte en movimiento, el conductor obviamente no va a frenar si no es mujer, cómo es que tienen que adecuarse a un sin fin de reglas y cuidado con no cumplirlas porque son los famosos “mariquitas”, “putos” y/o una serie de descalificativos peyorativos que existen en cada país, los mencionados son sin duda, ingenio mexicano. Ahora, cuando el padre y sustentor se va por alguna razón de la casa, a quién deja a cargo de la familia, claro esta, al hijo varón mayor, y si es mujer, entonces al varón aunque sea el menor “porque él es el hombre de la casa”; la carga moral del nuevo jefe del hogar es total pues tiene que cuidar hasta de la madre. Y si algo ocurriera tiene que ser fuerte para darle apoyo a su madre, hermanos y demás familiares como único representante. Otra exigencia, es el poder, al que se le une como mágicamente, pero el cual es un obstáculo que le impide emitir toda una gama de emociones, necesidades y posibilidades.

En la mayoría de la información revisada no se habla de los pormenores, que son esos pequeños detalles por los que pasa el varón, esas grandes desventajas. Es obvio que tiene bastantes privilegios pero como ya se ha mencionado ese “deber ser” contiene demasiados límites y obligaciones.

Así lo establece Badinter (1993), para ella las masculinidades no son tan naturales como se pretende hacer ver, se tiene que aprender a ser “hombre”, lo cual implica un trabajo y un esfuerzo constante, ya que tanto él y los que lo rodean exigen pruebas de su virilidad, esta demostración diaria de que se es un “hombre de verdad” son pruebas y deberes que lo van construyendo para asimilarse o llegar al prototipo que hoy en día se está desestabilizando al desvanecerse la superioridad del varón sobre la mujer. El miedo es entonces, no ser suficiente “hombre” o serlo demasiado, pues los estándares de lo que se espera se encuentran entre las ideas tradicionales y las modernas.

- Factores que participan en la construcción de la masculinidad/ es

De los factores que han llamado nuestra atención como aspectos que influyen de mayor a menor grado en la construcción de las masculinidades se considera en primer lugar el patriarcado, como un sistema social- económico-cultural y político; en segundo lugar, las diferentes concepciones teóricas que por su peso epistemológico han dejado huella a lo largo de la construcción del conocimiento humano; y por último el aspecto familiar, considerado como el núcleo en el que se extrapolan los conjuntos básicos de creencias y estilos de vida que van a influir en la construcción del ser masculino y femenino.

Primer factor: la sociedad se rige por un sistema de dominación y explotación llamado patriarcado, lo cual es una construcción social producto de la subjetividad del ser humano que se traduce en una expresión de poder extrapolándose de generación en generación. Este patriarcado se fomenta a través de las categorías sociales, que están, en función de conductas y relaciones establecidas de

estereotipos dados con base en el género a partir de la anatomía. Hay factores como la culpa, que probabilizan la vigencia de dicho sistema siendo el modelo cristiano el que lo incrementa a partir de la desigualdad y el castigo.

Para Cob (2000) el patriarcado se traduce en una sociedad sexista reflejada en dos fenómenos como son el androcentrismo y la misoginia. El primer fenómeno apoya socialmente que los varones y lo masculino son superiores, más capaces y útiles que las mujeres, por ende, tiene el poder del dominio y la violencia; dicho fenómeno se expresa en el “machismo” como magnificación de ciertas características de los varones, de su condición masculina y de su virilidad, con una cierta mezcla de agresión, fuerza dañina y depredadora y dominación sexual. Y el segundo fenómeno se produce cuando se cree que la inferioridad de las mujeres en comparación con los hombres es por sí misma natural, cuando se sostiene que las mujeres son impotentes por incapacidad propia, cuando se le hostiga, agrede y somete haciendo uso de su legitimidad patriarcal. Estos dos polos son extremos, sin embargo, en nuestra sociedad se conservan en menores cantidades, cada persona de una forma diferente lo aprende, internaliza, lo adecua y recrea, convirtiéndolos en afectos, pensamientos, prejuicios y veredictos, en moral y norma de conducta.

Pero este sistema tiene un fin en concreto, como lo explica Parrini (2000), es conservar el sistema de género heterosexual/patriarcal, es decir, asegurar la idea conservadora de la relación sexual entre varón y mujer únicamente para procrear y a su vez que haya una relación de poder, en donde la mujer sea subordinada; siendo la norma social establecida y ejemplar. Así el poder sería una parte imprescindible del varón, ya que se le enseña a tenerlo y usarlo.

Parrini (1999) sostiene que el factor central, sino es que el único de la masculinidad dentro de las prisiones es el poder, se es hombre en tanto se pueda ejercer un poder y ocupar un lugar de privilegio y mandato en una compleja red de relaciones, esto debido a que el orden de las identidades es un orden de poder.

En las guerras que se viven dentro de las prisiones se pelea por cuotas de poder; ya no hay una metafísica identitaria, sino una proliferación de actos y signos en los cuerpos, una intensificación de las miradas y las palabras. La batalla se libra en un campo semiótico. El mismo autor explica que estas mismas batallas se pueden observar en la vida cotidiana de la sociedad.

Sin embargo, a pesar de que hoy en día y por mucho, se siga planteando que las sociedades y principalmente la nuestra es dirigida por el patriarcado, desde nuestro punto de vista y apoyados en Romero (2001) consideramos que desde hace ya unas décadas la autoridad patriarcal ha perdido vigencia, debido en su mayoría a los discursos modernos que la sociedad y sus instituciones han querido presentarnos, los cuales hacen énfasis en modelos de democracia liberal que impulsa aspectos como la libertad individual pero también, debido al interés subjetivo de las personas por adoptar un nuevo estilo de vida, el cual está atravesado por elementos de participación y ciudadanía, mediante la toma de decisiones en todos los aspectos que competen a la vida de una persona, y a los derechos y responsabilidades sociales a los que los ciudadanos están abocados en la actualidad, poniendo así en entredicho la autoridad patriarcal, planteándose más bien un tipo de relación y de concepciones “más parejas” aunque todavía no se pueda apreciar como un sistema de convivencia social pleno y establecido.

Recientemente se le han abierto las puertas a otro aspecto que también contribuye a la pérdida de autoridad en el sistema patriarcal, nos referimos a la dimensión paterna en la que se desplazan los jóvenes de hoy, donde la experiencia del ser padre se esta formando como una oportunidad para modificar aquellas visiones tradicionales sobre el ser varón, gracias a que al ir construyendo y descubriendo una relación con sus hijos parte de nuevos intereses. Esto se hace evidente puesto que en la actualidad se puede ver a los varones jóvenes asumiendo el embarazo y la paternidad, como también “compartiendo” las tareas y responsabilidades, rompiendo con la asignación sexual de los papeles tanto en el ámbito público como en el ámbito doméstico.

Aunque cabría preguntar, como lo hace Montesinos (2002), ¿es verdad que este cambio se está dando, o en el fondo la sociedad mexicana ha avanzado más en la construcción de un discurso moderno, mientras que en realidad prevalecen las relaciones autoritarias en una sociedad patriarcal?.

Segundo factor: como se ha visto, en nuestra sociedad occidental existe un pensamiento binario como el bien-mal, mente- cuerpo, teoría- práctica, varón-mujer, este último, sin duda alguna es la diferencia más importante entre los seres humanos, y tiene una gran historia, pues no se da en nuestra cultura de la nada, sino proviene de teorías, siendo el segundo factor que nos interesa retomar en la construcción identitaria de las masculinidades. Hierro (1999) explica que hay tres teorías que implementan la diferencia sexual; la primera, es la consideración de las mujeres como varones parciales, argumentando que el varón es un todo, y a las mujeres les falta “algo” importante de la constitución masculina siendo un “hombre” parcial, esta teoría fue aceptada hasta hace pocos años en la ciencia respaldada por Aristóteles y Platón. La segunda teoría supone la identificación de dos principios en la naturaleza humana, lo masculino que encarna cualquier característica que se contempla como surgiendo de la conciencia natural y racional, y lo femenino que encarna cualquier característica que se considera surgiendo del “no ser” o de “ lo otro”. Asociado con lo no racional o irracional este pensamiento es propio de las teorías metafísicas y psicológicas, por ejemplo en la teoría pitagórica. Y la tercer teoría aparece en la literatura religiosa y mitológica, contempla la feminidad definida en términos de los intereses y las necesidades masculinas, y es marcada explícitamente como normas diseñando moralidades acerca de cómo los sexos deben comportarse o funcionar, por eso Eva es creada para acompañar y ayudar a Adán, en la actualidad esa sigue siendo la tarea de algunas mujeres que sin duda se les hará conocida la frase “es tu cruz”.

El tercer factor que influye en la construcción identitaria del varón es la familia, pues inicia al individuo en el proceso de socialización, constituyendo así la primera referencia de la identidad, ya que es ésta la primera sociedad en la que se

desenvuelve cada individuo y, dependiendo del conjunto básico de creencias que en él se aprendan se puede diagnosticar el rumbo que tomará una persona.

En una familia los padres tratan a los hijos como aprendieron en sus respectivas familias y en ocasiones esto resulta conflictivo porque las familias, a su vez, viven en grupos que comparten ideas y valores que los vinculan con el resto de la sociedad, de tal manera que una norma de comportamiento o de educación dada por un padre significa la vinculación de un hijo (varón o mujer) con su entorno, menciona Sánchez (1982). También hace referencia de cómo en nuestra época y sociedad ser varón o mujer significa ser de determinada manera, desear cierto tipo de cosas y aspirar a cubrir un modelo determinado. Ese modelo es arbitrario, ocasional y si la vida cambia el modelo debe cambiar también; sin embargo, si sucede, es sólo parcialmente y las personas no cambian ni saben lo que ocurre.

Aunados a la familia, se pueden contemplar dos factores que influyen de manera directa en la construcción de las identidades masculinas:

- a) La figura paterna, aunque Badinter (1993) menciona que en la actualidad el varón trabaja jornadas de días completos, por lo que los adolescentes ya no aprenden cómo “ser hombres” de ellos, sino de una ficción literaria o cinematográfica. Salguero (2002) por su parte, señala que no es la sola presencia del padre lo que influye o determina, sino el continuo y estrecho contacto que va estableciendo con ellos. No es solo la cantidad de tiempo, no son las horas que pasen juntos, aunque si es importante, sino la actitud, la toma de conciencia respecto al ejercicio y práctica de la paternidad, el que juegue, los acaricie, les hable, se interese por ellos, es lo que constituirá la forma de influencia sobre el desarrollo de las trayectorias de vida de sus hijos.
- b) La compañía de semejantes: el identificarse con sus semejantes es más importante para los varones que para las mujeres y por ende, ellos buscan

la vida de grupo, actividades y deportes colectivos con el único fin de romper con una cultura familiar femenina y crear otra masculina y no por la expresión de un instinto propio de su sexo. En la mayoría de los casos, los jóvenes varones se unen con otro, un poco mayor, un poco más fuerte o un poco más despierto, una especie de hermano mayor, al líder, al que se admira y copia a la vez que se le reconoce la autoridad.

Salguero (2002) menciona que el grupo de pares (amigos) es sumamente importante en la construcción de las masculinidades en los adolescentes ya que hay mayor credibilidad acerca de la concepción de “ser hombre” que en familiares o escuela; además, que hay un reconocimiento y con ellos crea y comparte espacios de socialización.

Después de revisar algunos de los factores que participan en la construcción de las identidades masculinas, es conveniente reconocer que en la actualidad el varón se encuentra en una crisis de identidad, de acuerdo a Montesinos (2002) hay tres procesos mediante los cuales se confrontan los viejos valores, normas, principios, costumbres y expectativas con nuevos referentes culturales defendidos por las nuevas generaciones e introducidos como nuevos códigos de intercambio entre los géneros que esta llevando a la instauración de una nueva estructura cultural, los cuales son: la inserción de la mujer en el espacio laboral, pues el varón ya no protege ni es el único sustento económico del hogar; la transformación de la familia nuclear, la aportación económica de las mujeres al hogar obliga a un cambio de roles y de poder y; la conquista del espacio público, ya que la mujer accede a la universidad y por ende a mejores empleos de mayor poder.

A esto, Sloan y Reyes (2004) manifiestan que debe haber una deconstrucción de las masculinidades, lo que implica la desarticulación de los aspectos de la religión, el racionalismo, el arte, la ciencia, la tecnología y de todas aquellas instituciones que implementan el poder en el varón.

Cob (2000) coincide con dichos autores argumentando que la preservación de un sistema tradicional es limitante y destructivo para los varones y sobre todo para las mujeres, por lo que se deben desaprender los mandatos de género, desestructurar la concepción del mundo, la vida y la propia identidad. Así que es preciso dudar, dejar de creer y sustituir las creencias por conocimientos nuevos con explicaciones alternativas. Precisamente son estos argumentos los que nos inician a desarrollar el siguiente capítulo, con el objetivo de comprender cómo es que se da esa deconstrucción de las identidades, masculinas.

CAPITULO 3. MASCULINIDADES Y CAMBIOS

Hablar del proceso mediante el cual se construye una identidad aportó los elementos para iniciarnos en el tema de las masculinidades y poder entender cómo es que los varones las asumen; así pues, ese mismo proceso de construcción nos ha hecho cuestionarnos acerca de los cambios a los que se expone una masculinidad como consecuencia del cambio que se ha venido dando en la identidad femenina y que por supuesto marca una transición en la cultura: ¿Cómo se empezaron a dar los cambios dentro de las masculinidades? y ¿realmente se están dando cambios?.

Para dar respuesta a la primera pregunta es necesario contemplar que en el contexto de un cambio cultural que ve emerger la conformación de una nueva identidad femenina, la práctica de las relaciones entre los géneros implica la transformación de las estructuras simbólicas que, en ese proceso, revalúan el papel social en el que se desenvuelve la mujer. De tal forma que el imaginario masculino requiere también, construir una nueva identidad que permita a los varones asumir una nueva relación equilibrada con las mujeres. De eso depende la construcción de una nueva cultura que libere tanto a mujeres como varones de estructuras sociales de poder que imponen condiciones autoritarias entre los géneros (Bourdieu, Hernández y Montesinos, 1998).

Entonces, ¿Cómo se empiezan a dar esos cambios dentro de las masculinidades?. El movimiento feminista, iniciado en Europa a mitad del siglo XX por pensadoras como Simone de Beauvoir y en plenos años sesenta por Betty Friedan en los Estados Unidos, contribuyó a que millones de mujeres se repensaran a sí mismas y se movilizaran para exigir cambios que pusieran fin a la situación de desigualdad de que eran objeto. Paralelamente, el movimiento de los derechos civiles en los estados Unidos iniciado a finales de los cincuenta y masivamente activo en la década siguiente y retomado por otros países, reclamó la igualdad de derechos para la población étnica y denunció la ética racista de

sociedades basadas en la supremacía de la raza blanca, de la supremacía del varón con respecto a la mujer y con relación a otros varones. Por otro lado, en 1969 el colectivo Gay se manifestó en Stone Wall para defender la libertad de opción sexual, con su acto invalidó la exclusividad del modelo heterosexual normativo, entre otros movimientos sociales (Carabí y Segarra, 2000).

El binomio superior/inferior en que se ha basado la ética patriarcal ha determinado la concepción jerárquica, especialmente, en lo que respecta a las políticas de género, raza y orientación sexual. El varón, según ratificaron grandes pensadores y filósofos como Schopenhauer y Nietzsche, fue considerado superior a la mujer, lo cual condujo a que esta afirmación fuese configurada como espejo de las necesidades del varón, encarnando la sumisión, la pasividad, la belleza y la capacidad nutricia, como características esencialmente femeninas. Este constructo social vinculó a la mujer al cuidado de los hijos y de la familia y la mantuvo alejada de las decisiones de Estado, atada a lo privado y alejada de lo público como lo menciona Parrini (2000). El “hombre” se erigió como sujeto de su propio deseo, activo, no necesariamente hermoso pero autorizado a desatender el cuidado de la familia asumiendo el individualismo como valor de éxito; por su parte, la mujer se conformó en una ética relacional.

El camino para afirmar la supremacía del varón con respecto a otro varón fue el de desvalorizar al “Otro”, conferirle un sentido de inferioridad y crearle la mentalidad de esclavo como en el caso del varón de raza blanca con relación al varón de raza negra o, como en algunas sociedades en donde a los varones de los grupos étnicos se les convirtió en estereotipos y se han contemplado como individuos sumisos, pasivos, incultos, femeninos; sus culturas fueron degradadas, su lenguaje y ritos sustituidos por la cultura colonizadora. Por otro lado, la homosexualidad fue considerada como un antiespejo de la “hombría” y por ello demonizada. El comportamiento heterosexual se consideró el único posible como garante de la masculinidad del varón y por ello, de la continuidad de algunas sociedades cimentadas en la unidad familiar (Carabí y Segarra, op.cit.).

El interés por perpetuar estas verdades como “universales” por parte del colectivo masculino no había sido otro que afirmar un sentimiento de superioridad y con ello, de poder. Cuando los grupos marginados –mujeres, grupos étnicos y homosexuales- reclamaron su derecho a la igualdad en los años sesenta, una revolución sin fronteras había comenzado. Pero lo que quizá estos grupos desconocían en aquel momento es que su lucha por una identidad propia no sólo les iba a otorgar visibilidad y derechos sociales, sino que iba a zarandear el pilar en el que se asentaba la configuración del verdadero “hombre”: la construcción de su masculinidad, y que ahora marcarían su crisis (Bourdieu, Hernández y Montesinos, 1998).

Independientemente del movimiento Gay y de los movimientos contra la discriminación hacia las étnias, y sin desvalorizar su magnitud, el movimiento feminista es el fenómeno social con mayor determinación dentro del cambio cultural que la humanidad ha registrado en las últimas décadas. Dicho movimiento implicó y sigue implicando la emergencia de una nueva cultura que se manifiesta a partir de prácticas sociales, renovadas o diferentes, que transforman la reproducción de todos los ámbitos de la vida social. El cambio cultural, entonces, ha implicado la transformación de los valores, principios y costumbres que rigen los espacios privados y públicos; por lo tanto, una transformación en las prácticas de reproducción de la vida cotidiana –relaciones de familia y de pareja- como lo refiere Montesinos (2002) cuando habla de una transformación cultural.

A partir de los sesenta en países como Canadá, Francia, España, Holanda, entre varios más, se empezaron a generar cambios en la convivencia entre mujeres y varones; en México, por ejemplo, la mujer expande su incorporación al mercado laboral logrando en primera instancia una independencia económica. Tal proceso comenzó a tener efectos inmediatos en la transformación cultural de este país, ya que vino a alterar tanto los espacios públicos como los espacios privados. En la medida en la que la mujer comienza a tener mayor presencia en el espacio público, conforme se incorpora al espacio laboral se altera la estructura del

espacio privado, pues las amas de casa se convierten en estudiantes o trabajadoras asalariadas; el esquema de la familia nuclear se modifica conforme el nuevo rol de la mujer toma forma, junto con ella los valores culturales como los del matrimonio, la virginidad o la infidelidad pasan a ser expresiones anticuadas de las relaciones sociales (Montesinos, 2002).

Dentro del cambio social que se da en México su cultura política entra en una transición en la medida en la que las mujeres van participando en la política y los negocios, replanteando su identidad en un proceso que las libera de los valores tradicionales de la sociedad mexicana. Al mismo tiempo, se ha ido puliendo un escenario de crisis para lo masculino, crisis que creemos no se da como una intención femenina sino más bien como una interpretación masculina. Ya que como mencionan Carabí y Segarra (2000), “lo más probable es que el varón contemple el proceso de la equidad como una pérdida del poder –y por ello, de su virilidad”, aclarando que esta interpretación estaría dada por el hecho de ser culturalizados bajo un sistema patriarcal que establece como debe actuar una persona desde lo masculino, no por el simple hecho de ser varón. Sin embargo, justificada o no la creencia del ser “hombre” a partir de que se tiene el poder sobre los “Otros” ha llegado el momento en el que algunos varones de nuestros tiempos comprenden (por obligación o por sí mismos) que la autorreferencialidad del patriarcado resulta ya una ideología limitada, obsoleta, ahistórica, injusta y una prisión para ellos mismos; pues es tan esclavo el que sostiene el látigo como quien recibe los latigazos, uno dominado por la fuerza física y otro por la fuerza de sus ideales. Por esto, en la medida en la que los varones se han ido haciendo conscientes de esto, han iniciado la aventura de experimentar nuevas formas de vivir en sociedad que le resultan más atractivas, más nutritivas, más satisfactorias, plenamente viriles y más justas para todos.

Con respecto a la segunda pregunta donde se cuestiona si realmente se están dando cambios dentro de las identidades masculinas, pudimos encontrar dentro del material revisado que las masculinidades tradicionales del sistema

patriarcal, como hemos visto, no son un valor esencialista, sino que se construye culturalmente. Y precisamente por ser un constructo social y porque las realidades sociales no son estáticas, son susceptibles de ser modificadas. En su proceso de deconstruir la artificiosidad de la sociedad jerárquica, los grupos marginados han provocado que el varón comience a revisar los supuestos bajo los cuales se ha asentado su masculinidad y con ello, la posibilidad de construir nuevas sociedades.

Muchos varones comenzaron a ser críticos de las masculinidades convencionales y se han propuesto cambiar los estereotipos en los que por mucho tiempo se desarrollaron, por ejemplo, Carabí y Segarra (2000) retoman de la revista "Talón de Aquiles" de 1978 un fragmento del testimonio de varones concientes de ser víctimas ante las limitaciones de su masculinidad: "Nuestro poder en la sociedad, no solamente aprisiona a las mujeres, sino que nos aprisiona en una masculinidad tan rígida, que mutila todas nuestras relaciones entre nosotros, con las mujeres y con nosotros mismos" (p. 23).

Ramírez (1997) de igual forma menciona que el varón no ha tenido otro enemigo que sí mismo, o mejor dicho, la construcción de sí mismo que ha heredado: "...la ideología masculina oprime a los "hombres" y al reproducirla cotidianamente nos convertimos en nuestros propios opresores..." (p. 107).

Aunque los varones sean cada vez más concientes de este problema -y por lo cual muchos de ellos participan en los movimientos feministas, en la lucha por igualdad de géneros-, sufren dolorosas contradicciones entre sus pensamientos, emociones y sentimientos. Esta es la forma en que la estructura patriarcal se torna opresora para los mismos varones (Kaufman, 1997).

La solución a este problema menciona Kaufman (1997), Bourdieu, Hernández y Montesinos (1998), Olavarría, Benavente y Mellado (1998), Seidler (2000), Carabí y Segarra (2000), Fuller (2001) y Montesinos (2002), sería generar

un cambio social que libere indistintivamente a varones y mujeres de la asignación de roles sociales que imponen el dominio de un género sobre el otro. La solución estaría determinada por la capacidad de los sectores más críticos de la sociedad moderna para generar un cambio cultural que establezca nuevas identidades genéricas, lo que conllevaría a una deconstrucción de las masculinidades tradicionales.

Deconstruir la cultura de la que se forma parte resulta un proceso complejo porque no sólo es un algo <intangible>, sino que las rutinas jerárquicas de género, raza y orientación sexual entretienen el sistema económico, social y político, en el cual el varón es todavía el centro de referencia, y se vuelve aún más complicado cuando el varón se desenvuelve dentro de su profesión o carrera como una forma de hilvanar, dar sentido y continuidad a la propia vida, cuando la toma como un terreno en el que debe proyectar su propia valía e inclinaciones, pero sobre todo cuando también la asume como un lugar desde el cual puede marcar la diferencia frente al otro sexo y una posición ante la sociedad. Sin embargo, cuando esa valía y ese poder adquiridos por ser varones comienzan a incomodar y/o poner en crisis esa identidad que a veces se siente ajena, el proceso de deconstrucción cultural ya no parece tan complejo; lo complicado sería que no todos los varones ni todas las mujeres hemos empezado al mismo tiempo a reestructurar los patrones de vida para marcar una nueva participación social que resulte equitativa entre los géneros, es más, he aquí la mayor complicación “reestructurar los patrones de vida”, al hablar de patrones es extrapolarnos a lo que se obedece o se sigue, y con ello quien sabe si logremos reestructurar nuestra vida porque querer no es sinónimo de hacer, más bien, nos referíamos a que no todas las personas nos hemos sumado al proceso que en *conjunto* implica crear nuevos modelos masculinos, dismantelar viejas instituciones, reemplazar ideologías inmovilistas, aprender a dialogar entre todos en un plano de equidad y de intercambio cooperativo ante lo cotidiano.

Como no sólo bastó ser críticos, muchos varones ya atienden a dichas

necesidades y se están haciendo partícipes del cambio cultural que se ha advertido desde los sesenta. Dentro del desenvolvimiento cotidiano podemos encontrar marca de ello, establezcamos entonces una comparación entre lo masculino tradicional y los “hombres” de hoy, una comparación nutrida del reconocimiento por el tiempo invertido a una labor que compete a ambos géneros, en diferentes ámbitos.

- Tradición y cambio

El espacio social que tradicionalmente se le asignó a la mujer hasta los años cincuenta-sesenta del siglo pasado representó un elemento de curiosidad e interés para escritores, directores y productores de películas en aquellos años, tan fue así, que constantemente se recurría a la proyección de la imagen de la mujer en el cine donde se daba cuenta del rol que la sociedades le señalaban. De aquí que los rasgos que definieron la personalidad de las mujeres hayan apelado a virtudes como la fidelidad y la abnegación que en la actualidad constituyen símbolos de la subordinación.

Sobresaliente es la cantidad de largometrajes en los que se plasma dicho papel de la mujer, por ejemplo: Pueblo, canto y esperanza; Cuando los hijos se van, El rebose de Soledad, Una familia de tantas y Domingo siete.

Evidentemente, el papel que las sociedades le impusieron a las mujeres se expreso mediante su ausencia en el mercado laboral. Este rasgo de la sociedad reflejaba uno de los principales elementos que determinaron su subordinación, la desigualdad en referencia al “hombre” tenía claramente como causalidad, su dependencia económica. Puesto que a ellas correspondía la responsabilidad de la reproducción social y el cuidado del hogar. De tal forma que de manera social, no natural, al varón le tocó el papel de proveedor de la familia, así lo testifica la señora Reyes (2002) en su relato que aportaba como material de apoyo en un trabajo de relaciones familiares:

Cuando tenía 8 años recuerdo que mi papá siempre decía que la responsabilidad de un “hombre” casado es mantener a la familia y darle una casa – el casado casa quiere- decía, a él no le agradaba eso de que la mujer saliera a trabajar –bueno si, que trabajara pero en su casa, para que la tuviera siempre recogida y la comida hecha para cuando los hombres lleguen, o sea el marido y los hijos- el “hombre” es el que tiene que trabajar y una se las tiene que arreglar como pueda porque él no sabe nada de eso (Columba Reyes, 34 años empleada, madre de Israel Vera, tesista).

Conociendo la edad de la señora Reyes, la fecha en la que emitió este relato y realizando un retroceso cronológico, para conocer el año en el que ella escuchaba esas palabras de su padre, podemos decir que esto ocurrió a mediados de los setenta aproximadamente. Sin embargo, hoy en día, en nuestra relación con la gente, con los medios de comunicación y ya entrados en la recopilación de información del material para este trabajo, sólo bastó prestar atención para escuchar comentarios como el siguiente:

Que cambio ni que nada, si mi papá sin estudios ni nada trabajaba para sacarnos adelante, y era bueno en su trabajo, yo también tengo que ser capaz de mantener algo o a alguien. Uno solo necesita una mujer que lo atienda y ya, uno verá como le hace, por ejemplo, que si aquí no me va bien pues me voy para el otro lado (discurso retomado de una conversación en el transporte público entre dos varones de aproximadamente 20 años).

Así, el hecho de que el varón representara y en algunos casos se siga retomando como el único sustento familiar ha propiciado la legitimidad social para ejercer más derechos que la mujer en el ámbito laboral. Aunque en nuestro caso, por ejemplo, como miembros de la ciudad más grande del mundo, nos ha tocado vivir al igual que nuestra economía etapas de ajuste que la obligan a una transformación que finalmente repercute en las relaciones de género como lo menciona Montesinos (2002).

Como se mencionó, la mujer fue incursionando en el mercado laboral como una alternativa que le garantiza su estado de equidad con respecto a los varones, pero también como una necesidad para responder a la situación económica que abriga a las familias cuando se depende de una sola persona que no alcanza a cubrir todos sus gastos.

La primera vez que trabajé lo hice a escondidas de mi esposo y cuando él se enteró me sacó... no pero ahora no, ahora no lo va a hacer, ya hablamos y necesitamos el dinero, porque mi hijo el mayor entró a la preparatoria, antes él nos ayudaba, pero con eso que estudia, ya no trabaja y necesita materiales y cosas y para eso se necesita dinero (Alejandra, 43 años; fragmento retomado de una entrevista de trabajo en la empresa Cooper Wiring Devices, 2004).

De ésta manera la presencia de la mujer en el ámbito laboral, modificó la estructura de la familia nuclear que definía los rasgos de una cultura tradicional. Tal situación pone de manifiesto, en el mejor de los casos, que al varón no le queda más opción que continuar la construcción de una identidad masculina que abandone los patrones que ha aprendido en su proceso de socialización; antes el varón no sólo era quien traía el sustento a casa, sino también las noticias de lo que pasaba en el mundo.

Ahora, la libertad de la mujer para incursionarse en el ámbito laboral y su relación un tanto equitativa en el hogar, pone a los hijos ante dos cabezas de familia y ante nuevas formas de asimilar la cotidianidad a través del desenvolvimiento de la madre y/o el padre sin las limitaciones de antes:

Hija: -siento llegar tarde.

Mamá: -no, no hija está bien, tú padre y yo hablamos de su día en el trabajo, ¿Por qué no le cuentas de tú día a tú hija cielo?.

Papá: -Jenny hoy renuncié a mí trabajo...

Mamá: -cómo te atreves a hablarme así delante de ella y me maravilla que

puedas estar tan despectivo el mismo día que pierdes tu insignificante trabajo.

Papá: -no lo perdí, renuncié.

Mamá: -y quiero agradecerte por presionarme por ser la única proveedora ahora (diálogo de la película "Belleza Americana").

Por otra parte, sobre todo en los últimos años los medios de difusión masiva (cine y televisión fundamentalmente) han proyectado y consolidado una imagen de la mujer que prácticamente rompe con los estereotipos tradicionales de las años cincuenta. Ya no se ve mal que una mujer tenga un proyecto de vida más allá del matrimonio e hijos, ahora se desocupa de los mandatos sociales que la ataban y obligaban a actuar como un ser incapaz de enfrentarse al mundo sin la compañía de un varón como lo ilustró López (2002):

... así, entre quejas y reflexiones regularmente algunas mujeres se movían al son que les tocaban sin importar que para eso tuvieran que estar compitiendo constantemente con otras mujeres para que el marido, que era bien <chingón> para conquistar, no se fuera a fijar en otra que quizá resultara más fregona, aunque para esto se llenaran de hijos los cuales en algún momento servirían de anzuelo y así mantener al esposo a su lado; se aferraban a compartir una vida de sometimiento, convirtiendo al esposo e hijos en la única manera de sobresalir, ya sea como buenas esposas o como buenas madres sin afianzar un crecimiento interior y personal. Al último ellas se quedaban sin hacer nada por su vida, mucho menos por su cuerpo y cuando nos percatamos de sus historias de vida encontramos que no son muy gratas pues siempre vivieron a través de los otros. Pareciendo ser entonces, que la felicidad y el desarrollo pleno de la mujer únicamente se obtenía por la dependencia a un hombre (p. 49).

Abrirse paso en el campo laboral no fue una tarea fácil, menos cuando ellos se sentían desplazados de su medio en el que se abastecían de poder, cuando se les denigraba con el hecho de que su esposa trabajara, ello atentaba contra su masculinidad:

Si yo no trabajase y me quedara en la casa me sentiría mal, mal, por qué, porque todos te andarían diciendo –mira el compadre está en la casa y la mujer trabaja... no me gustaría llegar a ese extremo de que mi mujer trabaje... donde queda la reputación de uno (Chucho, 29 años, guardia; ocupación de su pareja: asesora del hogar. Olavarría y cols. 1998, p. 108).

El mismo Olavarría (Op. Cit.) al igual que Fuller (2001) mencionan que otros varones, en cambio, piensan que si su pareja quisiera o tuviera una oportunidad para trabajar, a ellos no les importaría ni los incomodaría. De igual manera, si ellas ganaran más dinero que ellos no se sentirían mal ni dejarían de trabajar, pues podrían hacer muchas cosas que a ellos les es imposible. Incluso exponen el testimonio de varones que mencionan estar dispuestos a cuidar a los hijos y atender la casa si se ofreciera:

No sé, a mí me daría lo mismo. Si ella se siente bien puede aportar un poco más que yo, que lo haga... Si fuera así ahora y a ella le dijeran –oye, tu vas a ganar más que tu marido trabajando- sería buena onda. Buena onda, porque con lo poco que yo gano podemos salir adelante, me imagino que con el sueldo de ella ya podríamos empezar a salir los fines de semana, irnos a la playa como siempre habíamos querido... Si ella tiene la oportunidad de ganar más que yo, buena onda, me mantiene a mí y yo me dedico a estudiar (risa). Si ella gana más que yo igual voy a trabajar. Si ella tuviera una oportunidad mejor que yo de trabajar, si ella saca la profesión en tres años y yo no encuentro una paga mejor que la que tengo, me retiro y que la gorda trabaje, yo me quedo con el niño y con todo lo de la casa” (Olavarría, Op.cit., 116).

A partir de esto, los varones manifiestan su deseo de tener relaciones más equitativas con las personas que les son más cercanas y proceden a revisar las imágenes polarizadas con base en una diferencia de género; abren espacios segregados en entornos domésticos y públicos y muestran su interés por ser parte de los placeres y también de las preocupaciones que comporta el cuidado de los hijos como lo refiere Segal (1990; En: Carabí y Segarra, 2000): “Queríamos redescubrir en nosotros aquellas características dichas femeninas... pasividad,

calor, intuición, ternura, amor y emoción, que la sociedad había escondido para nosotros hasta hacernos actuar como robots” (p. 24).

Se observan entonces, los cambios de actitud en el varón adecuándose a situaciones y funciones que socialmente no eran propias de él, pero que ahora retoma al ajustarse a diferentes escenarios de su cotidianidad y toma un nuevo rol de ser “hombre” a partir de las necesidades y exigencias que sobresalen a su alrededor.

Hasta hace algunos años se tenía muy firme la idea de que el varón es exitoso a partir de la cantidad de bienes materiales obtenidos, lo que le ha traído diferentes tipos de pesares. El éxito de un varón estaba marcado por su posición jerárquica en el trabajo, por las aptitudes y actitudes que desempeñaba dentro de éste y por el reconocimiento social que validaba su excelencia como “hombre de trabajo”, lo cual reforzaba la importancia del trabajo para el varón, generando que otros ámbitos como el familiar y el de relación de pareja fueran rezagados ya que no tenían gran reconocimiento social, pues se creía que el éxito obtenido en el trabajo era sinónimo al éxito que podía tener el varón en todas sus relaciones.

Uno de los pesares que más experimentan los varones que comparten la ideología de que trabajo es igual a éxito, menciona el psiquiatra Marina (En Roma, 1998), es el miedo a perder todo aquello que los rodea y no poder hacer nada por mantenerlo, por culpa de querer cubrir una apariencia de inquebrantable, hoy muchos se han arriesgado a asimilar un cambio en esta actitud compartiendo la idea de que se está mejor que antes:

Cuando te das cuenta de las pérdidas personales que has tenido a causa de todo ese rollo de boato (un lujo) y del éxito, tiendes a volverte hacia tí mismo para recuperar otras cosas de tu relación con la familia y tus amigos más cercanos. Mi trabajo me produce mucha gratificación, me encanta pero ya no lo es todo; la educación que hemos tenido los hombres ha sido de la proyección al exterior. No estábamos educados para estar en casa, en TU

casa, y en el momento en el que descubres que hay una casa que es TU casa, con tu familia, tu mujer, tus hijos, tus amigos, dices <qué cojones me importa a mí el resto, si de verdad me la paso bien es aquí leyendo el periódico o dando un paseo con mi hijo por el retiro o tomando una cerveza con mis amigos en el bar de la esquina>. Es cuando empiezas a descubrir que llevar al niño al parque ya no sólo no es un problema sino cuando te la pasas bien de verdad (p. 271).

Dentro del exigido éxito que debe tener un varón, se encuentra también la ejecución del control que suelen tener sobre sus actos y los de otros, siendo también otro gran pesar. Comenta Seidler (2000): “suele ser importante persuadirnos de que todo esta bajo control, aún cuando no es así, porque de otra manera nuestro sentido mismo de la identidad masculina se ve amenazada” (p. 284).

Sin embargo, parte de los varones comienzan a renunciar a este control, disfrutando sus actos sin exigirse más que el vivir en el aquí y en el ahora, cuestionando sus lineamientos como se puede ver en la película “Un hombre de familia” cuando Jack Campbell, un hombre entregado a su trabajo como director de una importante empresa de finanzas, se ve envuelto en una vida de éxito reconocida por los logros obtenidos para la empresa y por el enorme control que demuestra tener para manejar las situaciones que se le presentan ante el cargo que ocupa. La perfección hecha “hombre” es el sobrenombre que adopta nuestro personaje, además, como varón inteligente y apuesto goza de un buen automóvil, de un departamento, buena economía y mujeres atractivas. Resultó gracioso para él que otro varón le preguntara -¿tu que necesitas? –nada, todo lo que un varón pudiera desear lo tenía él. Ante la interrogante surgió un sueño que lo traslado a una vida en la que perdía todo aquello que lo caracterizaba, ahora se veía como el padre de una familia, trabajando él y su esposa para mantener su casa, la educación de sus dos hijos, en fin, para sobresalir en “pareja” ante los gastos de la familia; jugar con lo hijos, compartir las tareas del hogar, expresar sentimientos, convivir con los amigos, compartir pensamientos con su esposa, prestarle

atención, atender sus necesidades y mostrarse sensible, eran acciones que no correspondían a su desenvolvimiento anterior, por ende, alteraban su imagen, aumentaban sus deseos de gritar y abandonar todo eso que lo trasladaba a otra realidad como "hombre". Empero, la comodidad de respaldarse en una compañera en lo laboral, sentimental, sexual e intelectual, desvanecía, con el paso del tiempo, una presión creada y guardada para sí mismo de éxito y control. Suena el despertador y con ello el sueño se interrumpe, nuevamente una vida donde aparentemente se es todo, sólo que ahora lo invade una sensación de cambiar, decidir entre el éxito y el control que lo encierran en un deber ser o una masculinidad que le permite alternativas de vida, de igualdad y de cambio. Angustia, miedo... decisión y necesidad bastaron para pedir una oportunidad... a una mujer.

Al respecto de los cambios de pensamiento y actitud en el ámbito familiar, muchos varones aseguran que les ha costado menos de lo que creían renunciar al papel de padre autoritario, y casi todos se muestran a favor de una familia más democrática, con relaciones más equitativas entre marido y mujer, y padres e hijos (Roma, 1998). Pues, seguramente dejan de asignarse responsabilidades que no les competen del todo y retoman solamente la parte que les corresponde, obteniendo libertad para decidir sobre sí mismos, para ser parte de una familia.

Por lo tanto, consideramos firmemente que el cambio en las masculinidades se va a poder observar mejor si aprendemos a identificar y valorar las transformaciones que un varón pueda crear en su masculinidad de manera individual, a que si nos sentamos a esperar ver diez millones de varones cambiando juntos.

En este punto del trabajo, el interés por mostrar los elementos que correlacionaran la necesidad de un cambio cultural con respecto a los cambios que enfrenta un varón hoy en día, resultaba tan insistente que en ocasiones parecía corta la información obtenida de los diferentes autores u otros medios

revisados para este trabajo que, empezamos a simpatizar con una alternativa, sugerida tanto por nuestra tutora de tesis como por nosotros mismos. Utilizada por investigadores sociales como Ricoeur (1983) en estudios hermenéuticos, decidimos considerarla, hacer uso de la información que una persona puede aportar con base en su experiencia adquirida en su desenvolvimiento cotidiano; claro, arriesgando caer fuera de los lineamientos que rigen la estructura de un trabajo teórico, sumamos la información que uno de nosotros (Israel Vera Reyes) aporta mientras toma el papel de interlocutor entre la experiencia y la extrapolación teórica de ésta:

Como miembro de una familia cuyos padres fueron educados en la provincia, y a pesar de que por varios años han decidido encajar en el estilo de vida de esta ciudad, he sido educado bajo un sistema que califica las diferencias entre el ser varón y el ser mujer, por medio de este sistema se me enseñó a respetar a una mujer, convivir con ella y valorar todo aquello que una mujer puede significar por el sólo hecho de poder ser madres, aunque no por ello se dejó de marcarme las características que un varón debería poseer para aspirar a ser un “verdadero hombre de bien”, trabajar, estudiar, cuidar a mis hermanas, llevar dinero a casa, estar pendiente de lo que llegara a ocurrir en mí casa, no llorar, saber defenderme a golpes, ser responsable, tomar el control de las cosas, saber más que los otros por ser el mayor, en fin, cubrir todos aquellos aspectos que por haber nacido “hombre” y por ser el primero me correspondía hacer. La mayoría de las veces realice éstas y más cosas sin poner ningún pretexto pues la idea era llegar a ser como mi papá, un hombre del que generalmente hablaban bien. Así, llegué a interpretar que un varón había nacido para hacer cosas diferentes a las que debe hacer una mujer.

Hoy en día no sé que tanto he aprendido a compartir un espacio de igualdad en mi relación con los otros, ni sé que tanto he modificado la idea del ser un “verdadero hombre” con respecto a la que tenía hace un año, dos, cuatro o más. Sin embargo, se han presentado situaciones que me dejan

reflexionando con relación a las características que nos regulan como varones o como mujeres.

Recuerdo que un día cuando mi mamá me regañaba por no querer ayudar a mis hermanas con las labores de la casa, dijo –los hombres también las pueden hacer y no por ello dejan de ser hombres, no porque agarres la escoba o te pongas hacer de comer se te van a caer los pantalones- de una u otra forma, cuando realicé las tareas encomendadas dijo –¿haber que te pasó, te pongo vestido porque ya dejaste de ser hombre?-. Efectivamente, no paso nada y llevo más de 12 años lavando mi ropa, planchando, barriendo, tendiendo mi cama y no ha pasado nada. Aquella ocasión sólo fue el principio de muchos otros cambios que con el paso del tiempo he ido permitiendo en la medida que me percibo como persona que siente y que piensa, no como el hombre de la casa, el hijo mayor, el fuerte.

Me parece que entre más te dejas llevar por esas etiquetas que socialmente vas adoptando para conformarte como un varón, te alejas más del poder entenderte y entender a los demás, siempre creí que las lágrimas denotaban debilidad y hay estaba tratando de aguantar el sentimiento para no llorar, hasta que una mujer me dijo –llora si lo necesitas, por mi no hay problema. Para mi no vas a ser menos por llorar, a veces eso ayuda a que uno se sienta bien o por lo menos a que te relajes un poco, no creas que yo te voy a cuestionar o me voy a burlar, es más si no puedes hacerlo en mi presencia hazlo tu solo, no pasa nada-. Aquella ocasión creo que llore como un niño y efectivamente, no paso nada; es decir, nada de burla, ni me sentí menos “hombre” quizá por eso accedí a tomar ayuda profesional ante la problemática por la que atravesaba. El diagnóstico...una fuerte depresión.

A veces uno como varón se encierra en el mundo que su misma cultura le tiende para garantizarle un lugar de poder en las relaciones personales que termina preso de esa misma cultura, terminas pensando que las depresiones sólo son para las mujeres. Nunca te pones a pensar cuando te dicen que dos de cada tres personas deprimidas son mujeres que el resto lo representan los “hombres” y mucho menos que tú puedes ser uno de ellos..

Así, la cultura y su garantía de poder que socialmente otorga al varón, experimentan una crisis que no necesariamente debiera afectarlo a él, desafortunadamente las cosas no son así, como varón me he llegado a calificar bajo el ideal del poder, acaparándolo en diferentes presentaciones: mediante el consumismo, cuanto puedo consumir por ser un varón; el sentido de la pertenencia, ella es mía, esto es mío; mediante el valor del éxito, en el trabajo y sobre todo al experimentar la incapacidad de los otros para no alcanzarme. Entonces, cuando me di cuenta ya había una mujer pisándome los talones u otras que ya me llevaban una gran ventaja. Llego a mi trabajo y me encuentro con una jefa, llego a mi casa y me entero de que mi mamá tiene que trabajar para ayudarle a mi papá con los gastos de la casa, mi novia trabaja y gana más que yo. Ahí es cuando te dices o lo aceptas o te chingas porque ahora las cosas son así, ellas y nosotros jalando parejo, decidiendo juntos, pensando igual pero diferentes cosas.

Al último te das cuenta de que lo difícil es quitarte tu armadura porque ya después las cosas se tornan más accesibles y por ejemplo, en mi caso terminé aceptando que “la mitad del cielo la sostienen los hombres, la otra mitad las mujeres” y si ambos cargamos parejo es menos pesado.

Ya encaminado en esta cuestión de entablar relaciones de equidad me he dado cuenta de lo agradable que es compartir y vivir momentos con tu pareja, momentos que poco a poco me fueron llevando de mi concepto de “hombre” a una lágrima, a un deseo, a expresar y aceptar un sentimiento; convencido de que es más satisfactorio ir al lado de una mujer que adelante.

Por último, creo que también es importante mencionar esto que siento, finalmente ya es válido, como miembros de una sociedad cuya cultura esta cimentada en la religión, la tradición y en la educación familiar, resulta difícil empezar a caminar por un lado distinto al que se te muestra desde niño, lo cual da cuenta de que no llegamos al mundo siendo “hombres”.

Después de este análisis personal, es necesario reconocer en que medida la mujer al exigir su integración en diversos ámbitos generó un cambio en la

identidad masculina al crear situaciones diferentes a las que el varón ha prestado atención de tal forma que las ha ido asimilando e interiorizando, adaptándose de una forma increíble de generación a generación en contextos que requieren una reflexión y una apertura en pensamiento, opinión y acción.

La responsabilidad de decisión fue una de las libertades que la mujer obtuvo al exigir derechos. Anteriormente el varón decidía la dirección de su vida; en un primer momento su padre y después su esposo, en el libro "Enfermas, mentirosas y temperamentales" López (1998) describe la función del varón al dirigir y tomar decisiones sobre la mujer incluso sobre su cuerpo, pues él decidía en que momento debía asistir el médico y éste a su vez, hacía una revisión y diagnóstico sin tomar en cuenta su sentir pues no importaba ya que no era válido. Esta desigualdad fue en aumento a tal grado que dejó de pertenecerle a algunas mujeres el derecho a opinar con respecto a ellas mismas, de valorarse sin la postura de pertenecer a un hombre y tener que conformarse a esta situación.

Ahora, la mujer puede tomar decisiones y tiene la libertad de hacerse responsable de sus actos: "en la preparatoria en que me metieron no me gustaba por eso no le echaba ganas, pero ahora en la que escogí, me gusta todo y si le estoy echando ganas" (Jessica, 18 años, fragmento de una conversación).

En algunos lugares, todavía el varón roba a la mujer e incluso muchas son vendidas. Pero aunque todas tienen el derecho solo algunas lo retoman para ejercerlo:

Siempre fue mi amigo, pero me di cuenta de que si lo besaba me iba a enamorar y no quise, no quería estar con una persona que tiene menos estudios que yo, de que iba a hablar con él, y a parte me di cuenta que era muy conformista y realmente no quería casarme con alguien así (Laura, 31 años, fragmento de una conversación).

Las decisiones son en todos los ámbitos, desde escoger con quién tener una relación hasta que carrera estudiar. Pues ahora la mujer es valorada como persona conciente y responsable de sus actos, que tiene una libertad y la ejerce para guiarse y formarse una identidad, en sí, se autodirige. Estas transformaciones no se dieron únicamente porque la mujer las exigió, más bien, por una parte ella lo pidió y por otra él lo reconoció: “A las mujeres hay que tenerlas en cuenta, hablar con ellas, tener un detalle de vez en cuando, acariciarlas de pronto, recordar que existen, que están vivas y que nos importan” (diálogo de la película: Hable con ella).

Con este planteamiento se trata de señalar que el género masculino, construye, a veces aceptando, otras rechazando, la nueva identidad de la mujer. De este conflicto depende que el “hombre” también asuma un nuevo tipo de identidad y acepte una relación equilibrada con ella, tratándose de un proceso simbólico que es producto de un cambio cultural. Es este sentido, habrá de reconocerse que tal proyecto se introyecta dolorosamente; en efecto, aunque vislumbra una relación que libera al propio hombre, el cambio se vive de manera tan contradictoria que, muchas veces, no puede hacer coincidir un discurso <moderno> que proyecta a los géneros en una relación equilibrada, con la práctica cotidiana. La contrariedad que provoca al imaginario colectivo el nuevo papel social que juega la mujer, exige necesariamente la construcción de una nueva identidad masculina; esto es, que en general la sociedad y en particular el varón, ha de aprovechar la experiencia histórica vivida en cuanto a la relación varón-mujer. Así como la mujer contemporánea ha de aprender a ser a partir de las nuevas identidades genéricas, el “hombre” también ha de ser en el contexto del cambio cultural. Es necesario que el varón asuma su nuevo rol social y supere el proceso de modernización que exige la aceptación y prácticas de relaciones igualitarias (Montesinos, 2002).

Pero ¿el varón en verdad puede reflexionar sobre su propia experiencia? se cuestiona Seidler (2000), ya que se le ha quitado credibilidad a la voz y actitud del

varón “pues los hombres no son de fiar”, cómo darle espacio para que pueda transmitir sentimientos si se está vetando su experiencia ya que “todos los hombres son iguales”. Esto refuerza la idea de que de algún modo las mujeres saben cómo son los varones mejor que ellos, lo que no alienta mucho para construir una relación diferente y posiblemente de mayor confianza con su propia experiencia, asumiendo poca responsabilidad por sí mismo, en algunos aspectos de su vida como son la sexualidad y las emociones. Además, toda esta revolución de cambios genéricos no pone en juego la hombría biológica, el sexo, sino las nociones de masculinidad históricamente específicas, socialmente construidas e incorporadas individualmente, así lo resalta Kaufman (1997).

CONSIDERACIONES FINALES

No lejos de querer presentar un trabajo que cumpla con los requerimientos académicos, lo que primero se buscó es dar solución a dudas propias sobre los patrones de vida que se siguen extrapolando (aún cuando se les considera historia), a las nuevas generaciones que con prácticas repetidas como la educación de los hijos, pretenden ser innovación y, mostrar una realidad que supere a la misma de hace una década y con más razón a la de hace un siglo.

De acuerdo con Sánchez (1982), “el ser hombre o mujer en nuestra época y sociedad significa ser de determinada manera. Desear cierto tipo de cosas y aspirar a cubrir un determinado modelo” (p. 26). Es decir, poco a poco hemos adoptado como normas, estilos de vida que imponen un deber ser con la idea de crear una identidad masculina homogénea, que surge como una necesidad para el desarrollo económico-político y cultural de una sociedad. De esta manera, el varón ha resultado, como lo vimos, un recluta de las normas que socialmente se han establecido para la homogenización de las relaciones interpersonales, ya que vive retomando aspectos de carácter social, político, religioso e incluso fortalece otros de tipo estético y sexual, que gracias a la “buena cultura” que nos caracteriza calcamos las etiquetas de nuestros antecesores con el único objetivo de que más adelante nuestros hijos/nietos cuenten con los mismos valores y principios que recibimos.

Es conveniente, al fin, reconocer la inmensa cantidad de ejemplos que se han formado con hechos donde se pueden destacar los papeles de la mujer en la formación del varón, así como en aquellos donde se le ha borrado su participación. Pero en ninguno se pretende victimizarla bajo alguna circunstancia, ya que el plantearla como víctima, sería medirle su capacidad y sembrarla de nuevo como el pobre ser que sólo vino al mundo para sufrir; pero se justifica este trabajo ante el lector, con la simple necesidad de crearle una conciencia de lo que por “ser bien hombres” siguen arrastrando la mayoría de ellos, y para que como

individuos, sin importar sea varón o mujer, evidenciar una cultura de equidad, una cultura en la que los individuos se conozcan y acepten, y reconozcan en sus semejantes el mismo proceso de construcción identitaria, el mismo proceso de socialización al que ellos y ellas se enfrentan para facilitar las posibilidades de un desarrollo y desenvolvimiento simétricos entre las personas.

Tal como se pudo apreciar en el primer capítulo, donde se define el constante proceso de interacción que vivimos en la sociedad y que marca las transformaciones de una identidad, terminamos aceptando que la identidad es en sí misma el producto de lo que una persona puede decir de ella misma en un tiempo y espacio determinados.

La información revisada para el primer capítulo sirvió como plataforma para sumergirnos, por primera vez, en los estudios de género y despertar nuestra curiosidad por analizar las identidades masculinas en el segundo capítulo. Al inicio del capítulo número dos, de la idea de explicar la identidad masculina como concepto hegemónico del sistema patriarcal, investigando documentalmente llegamos al entendido de que cada una de las sociedades determina las identidades tanto masculinas como femeninas, que se ponen en juego a partir de las normas culturales que rigen a cada individuo, a una familia, a los diferentes grupos institucionales, a los que viven en el norte o sur de nuestro país. Por lo tanto, hicimos énfasis al hablar de constructos y de las subjetividades de las identidades masculinas y de los factores que participan en la construcción, mantenimiento y/o deconstrucción de las mismas.

La información presentada en el segundo capítulo giró en torno a la creación de esa conciencia que se mencionaba sobre el estilo de vida que como sociedad nos corresponde reconstruir, para no mirar con asombro la manera en que se siguen extrapolando conductas, pensamientos y sentimientos con respecto a la relación varón –mujer que como vimos es el inicio de toda sociedad para marcar las diferencias en un sistema patriarcal.

Posteriormente se consideró la idea de crear un tercer capítulo en el que se presentara información que respaldara la teoría que se manejaba en los capítulos anteriores; coincidimos en que nuestro proyecto podría adquirir el estilo de un trabajo empírico. Sin embargo, la misma bibliografía revisada permitió ilustrar este trabajo, mediante la extrapolación de ejemplos, citas, resultados y vivencias personales, información que a su vez resultó un elemento suficiente para concluir que un cambio social tendría como base el cambio individual, debido a que la estructura cultural y de crecimiento de un individuo corresponden en gran medida al grupo social que pertenece; al mismo tiempo participa con su interacción a sostenerlas y prolongarlas, transmitiéndolas a otras generaciones o simplemente al usarlas, las fomenta. Pero si en el individuo se produce un cambio, se manifestará en su medio ambiente e introducirá una alternativa diferente que pueda servir para el crecimiento, o por qué no, pensemos en una re-significación de su grupo social.

Con base en la información revisada hemos coincidido en una propuesta: impulsar y reforzar los cambios necesarios dentro de las identidades masculinas, a nivel individual e institucional para incidir en la vigencia de las costumbres y de los sistemas de las sociedades; considerando que, como agentes sociales podemos cambiar nuestra realidad, nuestro papel en el aspecto social, familiar, educativo, laboral, sexual, entre otros. Así, partiendo del cambio en un solo individuo, la interacción con su grupo puede establecer nuevas normas de relación entre géneros y con ello ya se estaría manteniendo un cambio cultural.

El cómo llevar a cabo este cambio cultural que se propone, estaría determinado por cada persona dependiendo de las circunstancias bajo las cuales se vaya estableciendo ese cambio. Es decir, lo único que hace falta para iniciar un cambio cultural es que además de la toma de conciencia en la que se enfoca este trabajo, los varones empiecen a involucrarse, por sí mismos en una nueva participación social que rompa con los esquemas tradicionales y fomenten la interacción equitativa entre los géneros. Cada varón experimentará condiciones

sociales que irán a favor o en contra de esta nueva forma de ser “hombre”, por ejemplo, las costumbres familiares, la imagen de “hombre” que tienen las mujeres y claro, el enfrentamiento con los mismos varones; por esto, el trabajo no será nada fácil ni se puede dar un instructivo del cómo llevar a cabo un cambio de identidad, ni se puede garantizar el tiempo en el que se llevaría dicho cambio porque este es un proceso continuo, tal como se mostró en el tercer capítulo, las mismas situaciones a las que nos enfrentamos como personas ofrecen alternativas de cambio.

REFERENCIAS

- Badinter, E. (1993). xy. La identidad masculina. España: Alianza Editorial.
- Bell, D. (1987). Ser varón. España: Tusquets Editores.
- Bourdieu, P., Hernández, A. y Montesinos, R. (1998). La masculinidad, ¿poder o dolor? (109-115) La masculinidad. Ecuador: ABYA-YALA.
- Burin, M. y Meler, I. (2000). Varones, género y subjetividad masculina. Argentina: Paidós.
- Carabí, A. y Segarra, M. (2000). Construyendo nuevas masculinidades: una introducción (15-27). Nuevas masculinidades. Barcelona: Icaria.
- Castells, M. (1999). Nuestro mundo, nuestras vidas (23-35). La era de la información: economía, sociedad y cultura. El poder de la identidad Vol. II. México: Siglo veintiuno editores.
- Cob, G. (2000). Construcción de la identidad de las mujeres jóvenes. (En red: publicada en Revista Cosmovisiones). Disponible en internet: <http://www.cosmovisiones.com/habitaciónpropia/cont/identidad.rtf>.
- Conell, R. (1997). La organización social de la masculinidad (31 – 48). En Valdés, T. y Olavarria, J. Comps. Masculinidad/es. Poder y crisis. Chile: Isis Internacional.
- Espiga, H. y Unidos, G. (2000). Los valores de la masculinidad en adolescentes varones en situación de calle en la zona del centro y cordón. (En red: publicado en Revista Montevideo). Disponible en internet: http://www.montevideo.gub.uy/ce_gurises.doc.

- Fuller, N. (1997). Fronteras y retos: varones de clase media del Perú (139 – 152). En Valdés, T. y Olavarria, J. Comps. Masculinidad/es. Poder y crisis. Chile: Isis Internacional.
- Fuller, N. (2001). Masculinidades, cambios y permanencias. Perú: Fondo editorial.
- Garaizabal, C. (2003). Masculinidades y feminismos. (En red: publicado en Masculinidades y feminismos). Disponible en internet: <http://www.stee-eilas.org/emakume/dok/masculinidades-feminismos.pdf>.
- Gasteiz, H. (2003). El problema de las identidades personales y colectivas. (En red: publicado en Masculinidades y feminismos). Disponible en internet: <http://www.stee-eilas.org/emakume/dok/masculinidades-feminismos.pdf>.
- Gomariz, E. (1992). Los estudios de género y sus fuentes epistemológicas: periodización y perspectivas. En: Fin de siglo. género y cambio civilizatorio. No. 17. Chile: Isis internacional.
- Gutmann, M. (1996). Reflexiones sobre los aportes y dilemas de etnografías recientes acerca de la masculinidad. Acta Sociológica.
- Gutmann, M. (1997). Los verdaderos machos mexicanos nacen para morir (153 – 168). En Valdés, T. y Olavarria, J. Comps. Masculinidad/es. Poder y crisis. Chile: Isis Internacional.
- Hierro, G. (1999). La identidad femenina (221 – 229). En: Aguilar, M. Limites de la subjetividad. México: UNAM, Facultad de Filosofía y Letras.
- Kaufman, M. (1997). Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres (63 – 81). En Valdés, T. y Olavarria, J. Comps. Masculinidad/es. Poder y crisis. Chile: Isis Internacional.

- Kimmel, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina (49 – 62). En Valdés, T. y Olavarria, J. Comps. Masculinidad/es. Poder y crisis. Chile: Isis Internacional.
- López, O. (1998). Enfermas, Mentirosas y Temperamentales. México: CEAPAC.
- López, O. (2002). ¿Es la depresión un estado constitutivo de la naturaleza femenina? (72-91). En López, S. Comp. Lo corporal y lo psicosomático. México: CEAPAC.
- Marqués, J. (1997). Varón y patriarcado (17 – 30). En Valdés, T. y Olavarria, J. Comps. Masculinidad/es. Poder y crisis. Chile: Isis Internacional.
- Montesinos, R. (2002). Las rutas de la masculinidad. Ensayo sobre el cambio cultural y el mundo moderno. España: Gedisa.
- Mosse, G. (2000). La imagen del hombre. La creación moderna de la masculinidad. Madrid: Serie Arcoiris.
- Olavarría, J., Benavente, C. y Mellado, P. (1998). Masculinidades populares. Varones adultos jóvenes de Santiago. Estudios de género. Chile: FLACSO.
- Parrini, R. (1999). Subjetividad y sacrificio: configuración de la identidad masculina entre hombres encarcelados. (En red: publicado en Revista Red de masculinidad). Disponible en internet: <http://www.eurosur.org/FLACSO/artparr.htm>.
- Parrini, R. (2000). Apuntes acerca de los estudios de masculinidad. De la hegemonía a la pluralidad. (En red: publicado en Revista Red de masculinidad). Disponible en internet: <http://www.eurosur.org/FLACSO/apuntesmasc.htm>.

- Ramírez, R. (1997). Nosotros los boricuas (102 – 112). En Valdés, T. y Olavarria, J. Comps. Masculinidad/es. Poder y crisis. Chile: Isis Internacional.
- Ricoeur, P. (1983). Hermenéutica y estructuralismo. México: Ediciones siglo XXI.
- Roma, P. (1998). Ellos hablan. España: Plaza Janés.
- Romero, P. (2001). Identidades y masculinidades juveniles. (En red: publicado en Revista Pasos No. 94). Disponible en internet: <http://www.dei-cr.org/EDITORIAL/REVISTAS/PASOS/94/4.html>.
- Rubin, G. (1986). El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo. Nueva Antropología.
- Salguero, A. (2002). Significado y vivencia de la paternidad en el proyecto de vida de los varones. Tesis para obtener el grado de doctor en Sociología: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. México: UNAM. Junio 2002.
- Sánchez, C. (1982). Desarrollo social e integración personal. México: CONTRASTE.
- Scott, J. (1990). El género: útil para el análisis histórico. En Marta Lamas comp. El género: la construcción social de la diferencia sexual. México: UNAM, Programa Universitario de Estudios de Género.
- Seidler, V. (2000). La sin-razón masculina. México: Paidós.
- Sloan, T. y Reyes R. (2004). La deconstrucción de la masculinidad. (En red: publicado en Revista Red de masculinidad) Disponible en internet: http://www.ahige.org/texto_arti.php?wcodigo=50003.

Solís, A. (2002). La obesidad, un proceso emocional. En López, S. comp. Lo corporal y lo psicosomático. México: CEAPAC.

Viveros, M y Cañón, W. (1997). Pa' bravo... yo soy candela, palo y piedra. Los quibdoseños (125 – 138). En Valdés, T. y Olavarria, J. Comps. Masculinidad/es. Poder y crisis. Chile: Editorial Isis Internacional.